This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

6868.73 H43E LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

6868.73
H43E

En plena lucha.

LAS RAZAS INDÍGENAS DE SONORA

Y

LA GUERRA DEL YAQUI

por el

DR. FORTUNATO HERNÁNDEZ.

De la Escuela Nacional de Medicina de México, de la Sociedad mexicana de Cirugía, Miembro honorario del Ateneo Mexicano, Socio honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de las Sociedades de Antropología, de Geografía y de Filología de París, etc., etc.

Un hermoso volumen in-folio, conteniendo interesantes datos antropológicos é históricos recogidos por el autor en su viaje de exploración al remoto territorio Kunkaak ó Kmike, en el golfo de Cortés; un notable estudio etnológico de la raza Seri; un extenso vocabulario de la lengua Kunkaak, antes desconocida para el mundo; y la completa historia de las legendarias guerras de los yaquis.

LUJOSA EDICIÓN

Precio del ejemplar encuadernado con pasta y cantos dorados. . . . . 30 ptas.

DEL MISMO AUTOR

LA MATERIA, LA INTELIGENCIA Y LA VIDA

Precio del ejemplar á la rústica . . . . . 3 ptas.

DESEQUILIBRIO

Precio del ejemplar á la rústica. . . . . 3 ptas.

TRANSFIGURACIÓN

Próxima á publicarse. . . . . 3 ptas.

De venta en la casa editorial de la V.da de Bouret, 23, rue Visconti, París; 14, calle del Cinco de Mayo, México; y en la librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid.

Dr. FORTUNATO HERNÁNDEZ

En plena lucha

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4

1903

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

EN PLENA LUCHA

I

ANATEMA SIT

Cómodamente instalado en el amplio sillón de labrada caoba, y hojeando negligentemente las páginas del *breviario,* Su Señoría ilustrísima parecía fastidiarse.

Un familiar entró, y doblando la rodilla ante el Prelado, dijo en tono de rezo:—El Canónigo Rosa desea hablaros.

—Puede pasar, le contestó el Arzobispo, sin dejar de hojear su *breviario.*

Un sacerdote de elevada estatura, airoso porte, y franca y benévola mirada, con la elegante sotana de seda abotonada desde el cuello y luciendo

MAY 25 1953
666544

un calzado irreprochable, vino á su vez á hincarse ante el prelado y tras el ceremonioso saludo de ordenanza:

— Traigo á Su Señoría buenas noticias, dijo con el aire de un hombre modesto que ha desempeñado á satisfacción una comisión delicada.

— ¿Vendrá por fin la viuda?

— Espera en la antesala.

— ¿No opuso resistencia?

— No, Monseñor, ninguna, vaciló es verdad, un instante cuando yo le propuse venir á hablar con vos, pero luego contestó: *acepto con gusto*.

— Hacedla entrar.

Entró la dama.

Era una esbelta y arrogante rubia, de ademanes de reina y mirada de diosa; vestía toda de negro, y los dorados bucles de su lujuriosa cabellera, formaban á su hermoso y noble rostro un marco digno de Santa María Magdalena.

—¡Qué hermosa es, pensó el Arzobispo, conteniendo un suspiro, en tanto que su rostro adquiría una digna expresión de dulce santidad casta y severa, y abandonó con estudiada naturalidad su blanca mano adornada por soberbia esmeral-

da, sobre los pliegues de su traje talar perfumado con incienso.

La dama se detuvo respetuosamente ante el Arzobispo, sin doblar la rodilla, estrechó cortesmente la mano del prelado, sin besar ni la esmeralda y con tranquila voz:

— Mucho me honra, dijo, Monseñor, vuestra llamada.

Púsose en pie el Arzobispo, y con galantería casi mundana, la ofreció asiento.

— Os he llamado, dijo á su vez, por que era mi deber: Dios llama siempre á sus buenas ovejas, por medio de la voz de sus pastores, y vos, bella señora, sois una de las ovejas más amadas.

— Gracias mil, Monseñor, pero creo que vuestro enviado os habrá dicho ya que no tengo la honra de pertenecer á vuestro rebaño...

— Me ha dicho más: me ha dicho que abrigáis la pretensión de ser una Pastora; que habéis fundado una soberbia Escuela industrial, que no tiene más defecto que el de ser una Escuela atea; me ha dicho que habéis tenido la dicha de ser bautizada; y, sin embargo, pretendéis no perte-

necer al rebaño de Nuestro Señor Jesucristo: meditad, señora.

—Es verdad, Monseñor, que fuí bautizada cuando sólo tenía una semana de nacida; mi madre era católica, y yo también lo hubiera sido si mis creencias no se hubiesen radicalmente modificado bajo la influencia de la educación que he recibido.

— Sí, fuísteis educada por un hombre sin creencias, un ateo de los más peligrosos, un materialista, que si Dios no le concedió su gracia, estará á esta hora consumiéndose en los infiernos al lado de los réprobos...

— Perdonad, Monseñor, interrumpió la dama abandonando su asiento, fuí educada por un hombre tan honorable como vos, y tan honrado como el mejor de vuestros santos, y si era para hablarme de él para lo que deseábais verme, os suplico me permitáis retirarme.

— No, hija mía, no, dijo el prelado: sentáos, os lo ruego; no tocaremos ese punto que os lastima, hablaremos tan sólo de lo actual, de lo que atañe directamente á nuestra Iglesia. Habéis, como hemos dicho, fundado una Escuela que está fuera de nuestro gremio: los niños que edu-

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

cáis allí han sido todos bautizados, yo tengo, por lo tanto, el deber de velar por conservarlos para Dios en el seno de la Iglesia: se les enseña allí cuanto de bueno y útil hay para las necesidades materiales del cuerpo y se les niega el pan del alma; no se les enseña á conocer ni á amar al Dios de sus mayores; no se les da la religión de sus padres, y se olvida su salvación eterna. ¿Creéis, sinceramente, hija mía, que tenéis derecho para tanto? ¿Qué cuenta daréis al Ser Supremo, cuando os llame á la hora de su juicio final y os muestre toda una generación hundida bajo el peso del pecado, arrebatada á Dios y entregada por vuestra mano á Satanás? ¿Dudáis acaso de que el día de la resurrección de la carne, hemos de comparecer ante el Supremo Juez? ¿No teméis el castigo, el fuego eterno?

—No, Monseñor, creo que por este camino, jamás nos llegaremos á entender; vos mismo no creéis en todo eso, porque es simplemente pueril y vos sois ilustrado. No me tratéis como á una mujer á quien se asusta con los terribles mitos del purgatorio y del infierno; habladme cual hablaríais á un materialista educado en la Escuela positiva.

Yo creo que tengo el derecho y el deber de hacer el bien, y es lo que hago. Educando á los huérfanos y á los niños abandonados que he recogido en el arroyo; enseñándoles á trabajar para ganar la vida honradamente; haciéndoles conocer el respeto que se deben á sí mismos, á la sociedad en que viven y á la patria á que pertenecen; apartándoles del vicio y procurando hacer de ellos buenos hijos, buenos padres, buenos esposos y buenos ciudadanos; creo que les hago bien. Lo que nunca creeré es que yo tenga el derecho de imponerles ni de evitarles religión alguna; sé que la libertad de conciencia es sagrada, y esos niños saldrán de allí con la instrucción bastante para estudiar y elegir la religión que les agrade; yo he visto hombres honrados entre todas las religiones del mundo, y me contento con que ellos lo sean; esos niños están en mi Escuela, ó por que no tenían padres, ó por que sus padres han dado su pleno y voluntario consentimiento para ello; el establecimiento está fundado bajo las leyes de mi país y amparado por el liberal principio de que la enseñanza es libre: creo, Monseñor, que estoy en mi derecho.

— Veo, Señora, que el mal que en el alma os han causado, es muy grande, muy profundo; sé que tarde ó temprano volveréis al seno de vuestra Iglesia, y se lo pido al Altísimo con toda la esperanza y con toda la fe de mi creencia; pero aún me voy á permitir haceros algunas observaciones para que vos, cuyo talento admiro, á pesar del lamentable error en que habéis incurrido, las apreciéis en todo lo que valen.

En primer lugar, la sociedad, el país entero en que vivimos es católico, apostólico romano, desde hace muchos siglos; lo seguirá siendo á pesar de todos los esfuerzos en contrario, por que la religión está en la sangre misma del pueblo y no habrá poder humano que logre arrebatarle sus creencias.

Para quitar su religión al pueblo, sería necesario trabajar durante muchas generaciones, ilustrarlo á tal grado, modificar de tal modo su manera de ser y de sentir, y falsear de tal manera los principios que ha heredado de sus antepasados, que no creo que haya un hombre, ni una secta, capaces de lograrlo.

La religión es la base actual de la sociedad y

la familia, el pueblo no podría vivir sin ella; llamadle fanático y supersticioso, llamad como queráis á sus convicciones, pero comprended que ha nacido con ellas, que el hábito y la herencia las han fortificado, que necesita conservarlas, por que fuera de ellas se siente todavía más desgraciado de lo que es, y reflexionad en que la obra que pudiera minar muy lentamente sus principios, sería una obra de siglos, no la obra de una Escuela como la que vos habéis fundado.

Además, bien sabéis que la Iglesia es poderosa, que lucha sin descanso, que cuenta con recursos enormes, increíbles, que tiene gran influencia entre todas las clases y entre todos los Gobiernos, que posee los mejores medios de propaganda y cuenta en la política con su influencia, en la sociedad con numerosos partidarios y en el hogar con las madres de familia.

Mirad que los pocos impíos que hacen guerra á la santa religión, son unos cuantos prostituídos sin prestigio y sin recursos; que la aristocracia toda de nuestro país, es eminentemente católica, por lo menos en la forma, y que vos, señora, que estáis llamada á una posición envidiable, des-

empeñaríais, ayudada por nosotros, un hermoso papel. Porque os ayudaremos, señora, y bajo el amparo de la Iglesia, prestigiada por nuestro incondicional apoyo y poseyendo una hermosura maravillosa y una fortuna inmensa, lograríais borrar hasta los vestigios de *cierta sombra* que empaña vuestro pasado.

De lo contrario, al poneros en pugna con la Iglesia, os ponéis en pugna con el mundo entero; la envidia de vuestras rivales en belleza y en posición social encontrará sobradas ocasiones de morderos en lo más profundo de vuestra dignidad de mujer y tal vez hasta en lo más hondo de vuestros afectos.

Enemiga de nosotros, seréis aplastada sin remedio; á nuestro lado, seréis invulnerable.

Hay en la capital un hombre que os quisiera por esposa; sois joven, el matrimonio es el estado que más os honraría; la familia de ese joven es una de las primeras por su fortuna y su linaje; las objeciones que á vuestra unión pudiera hacer, serían desvanecidas por nosotros, por mí, señora, que me intereso por vuestra felicidad como padre espiritual, y lo confieso, como admirador de vues-

666544

tras altas cualidades; os esperan, pues, por una parte, la lucha negra, inclemente, tenaz: la lucha á muerte, que lleva, que os llevaría quizá hasta el deshonor, y por la otra, una brillante posición social, una limpia corona de condesa, un esposo que os ama y un hogar que os promete la felicidad y los encantos de la familia en medio del aplauso y del respeto de todos, con la satisfacción de una conciencia exenta de cuidados y remordimientos: elegid...

—Hice ya mi elección, Monseñor...

—Dispensadme, señora; aún no he concluído. ¿Negaréis que los dogmas y principios de la Iglesia son los más puros y elevados, que la doctrina de Jesucristo es la más grande y sublime de cuantas se han predicado sobre la tierra?

¿Creéis, señora, que haríais mal á los niños que vuestra alta caridad educa en esa escuela, si les enseñáseis á amar á Dios, á respetar las creencias de sus padres, y si lográrais inculcar en sus tiernos corazones las sublimes doctrinas del manso, del justo, del humanitario y divino maestro, todo amor para el hombre y todo sacrificio por la eterna felicidad del género humano?

¿Perderían algo esas criaturas abandonadas, con tener las únicas creencias que consuelan en los infortunios de la vida?

¿No os parece cruel exponerlos á la tremenda y amarga lucha por la existencia sin más guía ni más amparo que la dura convicción materialista de que tras una cadena de amargos sufrimientos, se hundirán en el *no ser* y volverán al abismo de la *nada*?

¿Creéis que se puede fundar una familia sin los poderosos lazos de la religión? ¿En dónde encontraréis una mujer capaz de soportar el duro yugo del despotismo marital y de resistir el embate de la perpetua tentación y las locas pasiones sin el divino auxilio y sin el justo temor de las eternas penas?

¿Creéis que se puede ser bueno sin creer en algo, y que se puede ser feliz sin la esperanza de renacer á la dicha inmortal en otra vida menos negra y menos cruel que la negra y cruel vida del hombre?

Vos misma sois creyente; ignoro á qué secretos y terribles motivos obedece vuestra conducta actual; pero sé que en el fondo sois buena y virtuo-

sa; sé que volveréis sobre vuestros pasos, y recordando las castas oraciones que vuestra infortunada madre os enseñó á rezar sobre sus rodillas, acabaréis vos misma por enseñar á esos niños, que son los hijos de vuestro corazón, la dulce y consoladora salve que á la tierna madre, á la Virgen María, á la madre de los que sufren y de los que lloran, rezásteis tantas veces cuando niña...

Os miro enternecida; creo que Dios ha hecho un gran milagro, y que vuestra santa madre os está en este instante bendiciendo desde el cielo; porque leo en vuestros ojos que la luz se ha hecho en vuestra alma. ¿Cederéis, hija mía?

—Conocéis, Monseñor, de tal manera el corazón humano, y sobre todo, el corazón de la mujer, le habéis, bajo la enorme presión del sacramento, arrancado tan íntimas, tan hondas confesiones, y sabéis y podéis hacer vibrar de tal manera las fibras más sensibles y secretas de su organización y de su instinto, que..., en efecto, habéis logrado conmoverme.

Pero el enternecimiento que he sentido es el eterno enternecimiento de la Humanidad ante todo lo grande, ante todo lo bueno y ante todo lo bello,

aunque lo vea en un teatro; á él y sólo á él deben su prestigio y su dominio las indudablemente superiores clases sacerdotales, y á él y sólo á él le deben su poder las religiones.

En vuestra religión todo es comedia.

Desde que nace un niño, exigís á sus padres que le lleven al templo, y si son pobres, les cobráis doce reales, porque no se entra gratis á la Iglesia de Dios; por ese precio le bautizáis de mala gana en un rincón del edificio y con agua sucia y fría; pero la ceremonia ha conmovido á los padres, que salen de la iglesia agradecidos.

Cuando algún pobre quiere casar á su hija, le cobráis doce pesos, la casáis á las seis de la mañana, casi á obscuras, ayudados por un sacristán desarrapado y alumbrando el altar con dos cabos de vela; pero las ceremonias de la iglesia son de tal modo solemnes y misteriosas para el vulgo, que la recién casada sale conmovida.

Muere un pobre, y si sus deudos tienen siquiera una peseta, le rezongáis un responso barato, con las narices bien tapadas, porque los pobres siempre apestan.

Si ni siquiera la peseta tienen, dejáis que lleven

al difunto al cementerio como un perro y no rezáis por él; el que no paga, *que se chamusque allá en el Purgatorio.*

En cambio cuando un rico va á bautizar un hijo, engalanáis el templo con flores y cortinas y repicáis las campanas, os revestís de lujo, uniformáis los monaguillos, calentáis el agua y se la echáis al heredero con jícara de plata, por temor de que pueda constiparse. En este caso, no cobráis honorarios: la propina está segura.

Cuando un acaudalado casa á su heredera, todo os parece poco para halagar la vanidad de las familias y cobrar en proporción los honorarios: gran iluminación, soberbia orquesta, ramos de azahar, cortinas blancas, alfombras y cojines, ornamentos de gala y misales de lujo; la ceremonia, que resulta á la vez poética y solemne, hace su efecto, y la novia también sale conmovida.

Muere un rico y organizáis los funerales, con tal pompa, que al concurrir á ellos cualquiera se creería contemplando una escena de la Ópera: altares y columnas enlutados con oro y terciopelo, tenores escogidos entre los cantantes de los teatros, solemne *requiem*, gran derroche de luces,

de salmos y de incienso, sacristanes de librea y gorro montado, flores en profusión, ornamentos de lujo y complicado ceremonial propiciatorio.

Doblan lúgubremente las campanas y sale el muerto en su elegante caja, embalsamado con drogas de botica, para ir á esperar en un nicho de mármol el día tremendo, el del juicio final, y comparecer ante el Señor, no con su *propia carne*, como el pobre, sino bajo la repugnante forma de una asquerosa y ridícula momia galoneada.

Pero la ceremonia resultó soberbia; nadie ha visto lo cómico del acto, todos siguen creyendo como antes y siguen yendo hacia vosotros: los pobres, por su miedo y su ignorancia, y los ricos, por su miedo, su ignorancia y su necia vanidad.

Pobres y ricos salen siempre del templo conmovidos.

La humanidad será siempre desgraciada, pero siempre cobarde, siempre sentimental y siempre artista.

Vosotros lo sabéis, por eso habéis construído soberbias catedrales, *hermosos escenarios*, y por eso tenéis extraños ritos y misteriosas ceremonias,

conmovedores cantos y música sagrada, predicadores elocuentes y actores consumados.

Desde el sordo fragor y horrible estrago con que el primer rayo amedrentó el espíritu cobarde del hombre de las selvas, hasta la misteriosa conmoción con que el instinto agita las entrañas de la madre; desde el severo cortinaje del suntuoso templo y las majestuosas armonías del órgano sonoro, hasta los emblemáticos azahares de la casta desposada y hasta las blancas blondas y risueños lazos de la cuna; desde la aurora de la vida hasta la noche de la muerte, todo, todo lo habéis utilizado para llegar á la asombrosa realización de vuestra obra.

Miedo, pasión, terror, tristeza, sufrimientos, amores y ternuras, fanatismos y dudas, consuelos y esperanzas: he allí la religión.

Yo no vengo á impugnar esa obra, no vengo Monseñor, á discutir con vos los misteriosos dogmas de vuestra absurda teología inaccesible al raciocinio; ni á negaros que en cada religión aunque hay mucho de malo y de protervo, hay también algo bueno, algo santo y algo bello.

Como vos, Monseñor, opino que, hasta hoy, la

religión es necesaria para el pueblo que hundido en la ignorancia no podría, ni sabría ser bueno y virtuoso sin ella.

Sé que la religión que profesáis, es sin duda *en el fondo*, la más pura, sublime y elevada y que sólo tiene de malo el sacerdocio; pero sé también que esa sublime religión, aun siendo hermosa, no es la verdadera.

Yo persigo una ideal religión, menos bella, es verdad y menos consoladora que la vuestra; pero más verdadera y más honrada.

Sé que para alcanzarla serán indispensables los esfuerzos de las generaciones y el trascurso de los siglos; porque ese ideal no seré yo sin duda quien lo alcance, ni será una mujer, ni un hombre, ni una secta: será la humanidad la que lo obtenga.

Yo he querido no más que poner la parte que me toca, la que puedo, la que debo.

No trato de luchar ni contra sacerdocio ni contra religión alguna: trato de hacer el bien empleando para ello los medios más honrados, el trabajo; los más humanitarios, la libertad de pensamiento y de conciencia; y los más provechosos y fecundos, la educación y la enseñanza.

No me opongo, señor, á que los alumnos de mi escuela conozcan las diversas religiones que existen en el mundo y os ofrezco que al terminar los estudios preparatorios, cuando estén suficientemente instruídos para juzgar de religiones, se establecerá en mi escuela un gran curso de religiones comparadas, bajo la dirección de sacerdotes escogidos entre los más sabios de los distintos cultos; los alumnos tendrán la libertad de concurrir á la clase ó las clases que gusten y elegirán la religión que más les agrade ó les convenza; pero sin imponerles una y sin violentar la libertad de su conciencia... ¿Estáis contento?

—Estoy, dijo el prelado, poniéndose de pie, con el soberbio ademán y en la majestuosa actitud de un inspirado, pontífice ó profeta; estoy por fin poseído de la santa y la justa indignación que inspiran las blasfemias, y en nombre del Señor á quien ultrajas... te conjuro criatura miserable á humillarte y á implorar la clemencia de tu Creador: estás ante un Ministro, ante un representante de tu Dios, ¿me obligarás á excomulgarte?

—Yo, Monseñor, ni os obligo á nada ni he solicitado cosa alguna, calmáos y permitidme referir lo

siguiente: Hay en Francia una actriz de gran talento á la que un alto dignatario del clero, un Arzobispo, escribió larga carta aconsejándola no representar los dramas de Sué, Dumas, Sardou y algunos otros que encontraba por impíos, indignos de las dotes de la artista.

Fué la carta del prelado un modelo de amonestación galante, correcta y persuasiva, pero no logró convencer á la actriz, quien contestó con otra, no menos respetuosa, en la que daba al Arzobispo las más cumplidas gracias por sus elogios y consejos, y terminaba así:

«Creo haberos dicho lo bastante; y sobre todo Monseñor: *entre compañeros* no está eso bien ¿verdad?

Siento Monseñor, no poder á mi vez decir lo mismo, pues yo no soy actriz. ¿Hemos concluído?

—Detenéos: sacrílega, exclamó el Arzobispo, aun es tiempo, os conjuro á reconciliaros con vuestro Dios... ¿Queréis?...

—No quiero nada.

—Pues entonces, escucha María Mares: estás excomulgada, y también lo está tu hijo, el hijo de ese ateo que ha perdido tu cuerpo y tu alma; por

que todo lo sé, ¿me entiendes? todo: Salvador Mares, ese niño que tienes en la escuela es el fruto de tus parricidas amores con D. Alfonso Estévanez; tu escuela está también excomulgada y tú, tan sólo tú serás la responsable de las almas que pierdas, ante el tremendo juicio del Altísimo...

Al oir tal ultraje, María que ya salía, se detuvo en el umbral de la entornada puerta, y con voz indignada y bastante alta:

—Me equivoqué, señor, dijo al Arzobispo, nunca creí encontrar aquí ni á Dios, ni á su representante; pero siempre creí encontrar un caballero.

El Arzobispo, trémulo de ira extendía su mano hacia la puerta con solemne ademán de amenaza.

Desconcertada María, se detuvo en la antesala, sin encontrar la salida, y con voz firme y serena preguntó dirigiéndose al grupo de sacerdotes que allí estaba:

—¿No hay aquí un hombre que se digne indicarme el camino?

—Sí; contestó el padre Rosa, ofreciéndola el brazo y dirigiéndose resueltamente á la escalera.

—Anatema sit, gritó aún el Arzobispo.

Y los familiares cayeron de rodillas, golpeándose el pecho y murmurando prosternados: *Miserere mei Dómine, miserere mei...*

II

UNA ESCUELA INDUSTRIAL

II

UNA ESCUELA INDUSTRIAL

Casi un mes había ya transcurrido desde el día en que María saliera excomulgada del palacio Arzobispal.

El padre Rosa que afrontando la ira del prelado, se había atrevido á acompañar á la ultrajada dama hasta su coche, había después estado varias veces á buscarla en su casa; pero los criados le negaban la entrada diciendo que la señora estaba enferma.

Un día como á las diez de la mañana, recibió María una carta en cuyo sobrecito se leía: *muy urgente.*

Sobresaltada rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Señora:

»Suspenso en mis funciones de sacerdote por disposición de mi prelado y no estando ya ligado en modo alguno con los asuntos del clero; creo cumplir un deber poniendo á usted al tanto del serio peligro que la amenaza.

»Si á pesar de lo que antes he hecho, se digna usted confiar en mi palabra, le agradeceré me conceda una entrevista hoy mismo antes de las doce del día.

»Besa los pies de usted,

José Angel de la Rosa.»

Informada María de que Rosa esperaba en la antesala, dió orden de que pasara en el acto.

Pálido y conmovido saludó el sacerdote á la dama.

No vestía ya el traje talar, distintivo de su clase; vestía el traje seglar que á la verdad sabía llevar con elegancia.

Bastaba con mirar al sacerdote para comprender el hondo sufrimiento que devoraba su alma: tal era la expresión de sus ardientes ojos negros y tanta la tristeza de su noble mirada.

—Vengo, señora, dijo, arrepentido; estuve á punto de ocasionar á usted muy grandes males y quiero ahora, á la vez que evitar que otros los hagan, resarcir si es posible los que hice... leo en los ojos de usted su justa desconfianza y este es mi más grande castigo...

—Hable usted.

—Ante todo, señora, vea usted lo que dice este diario.

Cogió María el periódico que el sacerdote le entregaba y leyó el editorial:

«El Clero y la Instrucción.

»Hace ya mucho tiempo que firme en su propósito de combatir la perniciosa influencia clerical que va adquiriendo proporciones alarmantes, *El Liberal* ha hecho en sus columnas una guerra sin tregua y sin cuartel á las audaces tentativas que el funesto partido pseudo-religioso y traidor realiza en las diversas esferas del orden social con la esperanza de reconquistar el insolente rango que ocupó en tiempos pasados.

»En su afán de destruir cuanto de bueno y útil van creando los liberales para ilustrar al pueblo,

no ha vacilado en recurrir á los medios más infames y el sermón predicado ayer en la Profesa está allí para probarlo.

»Nuestros lectores recordarán sin duda, que *El Liberal* elogió en una serie de artículos la generosa conducta de una honorable y opulenta viuda que consagró gran parte de su inmensa fortuna á la creación y sostenimiento de una escuela industrial modelo, con el objeto de educar en ella á todos esos niños que huérfanos ó abandonados por sus padres, pululan por las calles, sin pan y sin abrigo, viven en la vagancia, se pervierten y van más tarde sin remedio á engrosar las filas de ese terrible grupo de criminales que pesa sobre la sociedad como un azote y amenaza por su espantoso y continuo incremento producir en no lejano día una terrible catástrofe social.

»En la escuela industrial fundada bajo un régimen severo y de acuerdo con los adelantos de la pedagogía moderna, se enseñan á los niños todas las materias que exigen los programas oficiales de enseñanza preparatoria, de tal modo que al salir de allí puedan entrar de lleno en los estudios profesionales.

»Además, se enseña á cada alumno un arte ó un oficio para que si al terminar los estudios preparatorios no quiere dedicarse á alguna de las profesiones liberales, cuente con honrados y seguros medios de mantenerse, fundar y sostener una familia.

»No contenta la altruísta y caritativa dama con enseñarles un oficio, ha decidido dar á cada uno de los alumnos que terminen satisfactoriamente sus estudios, un completo arsenal de instrumentos ó herramientas relativas á su oficio, y de lo que producen los artefactos fabricados en la Escuela por los alumnos, les va guardando un considerable tanto por ciento en numerario para que al salir tenga cada uno además de la herramienta, la cantidad indispensable para establecer su taller.

»En dicha Escuela reinan la disciplina más severa y la moralidad más estricta: los profesores han sido escogidos entre los mejores del mundo y están espléndidamente retribuídos; los alumnos son vestidos y alimentados por cuenta del establecimiento, constantemente vigilados; no salen más que los domingos en grupos ó secciones dirigidos por vigilantes y no se les permite pasar el día con

sus familias por temor del mal ejemplo y la perniciosa influencia del contacto con las degeneradas y pervertidas clases bajas de nuestro pueblo; pero las familias tienen derecho de visitar á los niños todas las semanas en el lugar destinado al efecto dentro de la Escuela.

»Largos serían de referir, los progresos, mejoras y adelantos que en todo lo relativo á higiene, sport, instalación de talleres movidos por electricidad, y fabricación de todos los principales productos de la industria moderna se han realizado en esa Escuela que es uno de los establecimientos que más honran al país y que mejores frutos dará en un porvenir no muy lejano.

»Pero el intransigente clero, refractario y tenaz oposicionista de cuanto tienda á ilustrar y emancipar las clases sociales, ha encontrado que esa Escuela es atea, que no se enseña allí á los niños la religión de sus mayores y ayer un alto personaje de la Iglesia ha dicho desde el púlpito que los padres de familia no deben permitir que sus hijos concurran á un colegio donde peligra la salvación eterna de su alma y se ha atrevido á insultar con insidiosas é hipócritas insinuaciones á la digna y

honorable señora que se ha sacrificado en aras de la felicidad y el porvenir de nuestra juventud, declarando que está excomulgada.

»Ante tamaña infamia *El Liberal* sabrá asumir la actitud que corresponde, y desde luego pone á disposición de la honorable, virtuosa y distinguida señora viuda de Estévanez, las columnas de su edición de la tarde y le ofrece el incondicional apoyo y la empeñosa cooperación de sus redactores».

—¡Lo esperaba!—dijo María con una tranquilidad que asombró á Rosa.

¿Tiene usted alguna otra cosa que decirme?

—Sí, señora, y creo que es más interesante: personas de gran influencia instigadas por el Arzobispo se han acercado al Gobierno; sé que el Ministro del ramo presentará hoy mismo en el Acuerdo, una solicitud firmada por varios de los padres que tienen hijos en la Escuela industrial, pidiendo se permita á los alumnos pasar todos los domingos al lado de sus familias; esto que á primera vista parece carecer de importancia, sé que será el principio de una serie de dificultades suscitadas con el

exclusivo objeto de crear un pretexto para clausurar la Escuela.

—No creo que lo consigan: los padres han aceptado todas las condiciones impuestas al colocar allí á sus hijos; pero los que no estén conformes quedarán en libertad para llevárselos. Sin embargo, hablaré con el Ministro y él me dirá lo que ha resuelto.

—Tenga usted gran cuidado, señora, el Ministro pertenece en cuerpo y alma al clero, por más que él aparente lo contrario, estoy seguro de ello, debe usted desconfiar...

—Desconfiaré cual desconfío de todos...

—Lo dice usted por mí, señora; pero yo le suplico no me condene antes de oirme...

—No le condeno, pero me extraña que me crea usted tan imprudente que llegara á confiar en un enemigo...

—¡Oh, no señora, no!, exclamó el sacerdote con los ojos anegados en lágrimas, si dentro de tres días logro dar una prueba satisfactoria de que no pertenezco ya al clero y de que á quien pertenezco en cuerpo y alma es á usted, ¿puedo esperar que me perdone y me acepte por amigo?

Había tanto dolor y tal sinceridad en las frases de aquel hombre, que María contestó sin vacilar:

—Si en el plazo que usted mismo ha fijado, trae la prueba que dice, me honraré llamándome su amiga.

—Pues bien, señora, dijo el sacerdote, si dentro de tres días no he vuelto á ver á usted, le juro por mi honor que será porque habré muerto.

En cuanto Rosa salió, María escribió al Ministro, llamó á un criado, le dió la carta y le ordenó: *volando al Ministerio* y *esperar contestación.*

Eran las once.

A las doce un lacayo anunciaba á María la llegada del Ministro.

Era éste un hombre casi viejo, pero las maravillas de su sastre y los prodigios de su peluquero le hacían aparecer casi joven.

Saludó con irreprochable cortesía, se sentó muy cerca, frente á frente de la viuda, y entre ambos se entabló el diálogo siguiente:

—Mucho agradezco á usted, señor, la deferencia...

—Usted sabe, señora, que mi único deseo es servirle como esclavo...

—Gracias, señor, he molestado á usted porque me han dicho que varios padres de familia han presentado un ocurso al Ministerio, en que se trata de algo que se relaciona con mi Escuela, y me han dicho también que este ocurso sería hoy mismo presentado y apoyado por usted en el *acuerdo*.

—En efecto, señora, esto iba á ser cierto, pero ya no lo es después de haberla visto: estoy comprometido á trabajar en contra de esa Escuela, y seré franco, estoy comprometido de tal modo, que de no hacerlo así tendría que dimitir; pero usted sabe lo mucho que la quiero y haré cuanto me sea posible por salvarla: tiene usted un terrible enemigo...

—¿El Arzobispo?

—No, la Iglesia toda.

—En efecto es terrible enemigo.

—Pues bien, señora, de usted sólo depende... una sola palabra de sus labios y de aquí mismo me voy á presentar mi dimisión, me pongo al frente de la Escuela y desde hoy comienzo á luchar contra los que ya entonces serían nuestros comunes enemigos. ¿Qué me responde usted?

—Simplemente que no.

—Pues entonces, señora, siento mucho decir á usted que antes de un mes, su Escuela habrá sido clausurada.

—No, no señor, está usted equivocado: mi Escuela quedará clausurada desde luego: hoy mismo iré á ver al Presidente, le expondré los motivos que me obligan á dar tal paso; antes de un mes habré salido para los Estados Unidos y antes de un año habré fundado en Nueva York un establecimiento semejante. Para que los hijos de mis compatriotas puedan aprovechar los beneficios de la Escuela, me llevaré conmigo á todos los alumnos cuyos padres me los quieran dejar. ¿Están contentos usted y el Arzobispo?

—¡Ah!, no señora, no, perdón mil veces, si el amor que usted me inspira pudo inducirme á decir lo que he dicho, es que estaba y estoy desesperado, casi loco.

Desde aquel triste día en que usted me rechazó tan duramente, le juré que jamás volvería á importunarla con mis ruegos y me resigné á callar y sufrir en silencio; pero hoy no pude contenerme... Perdón, señora, quiero que mis hechos sean los que hablen por mí.

Al decir esto, sacó de su bolsillo un pliego escrito, lo puso en manos de María y diciendo á la vez: *sin condiciones*, se despidió galante y cortesmente.

Era aquel pliego la famosa solicitud de los padres de familia.

Cuando María se quedó sola, se miró al espejo, y una triste sonrisa contrajo dolorosamente sus labios.

—¡Soy hermosa, pensó, y á mi hermosura debo mis desgracias!

El primer hombre á quien amé, me arrebató la honra.

Don Alfonso, ese no, ese fué bueno, y sin embargo le hice mucho mal con mi belleza; pero él fué el que me inspiró este profundo amor á todos los que sufren, á todos los humanos; él me enseñó á hacer el bien por amor al bien mismo, y legándome su nombre y su fortuna, me colocó á la altura en que hoy me encuentro; gracias á esto podré llegar á realizar la grandiosa obra de regeneración con que él había soñado.

Pero habrá que luchar contra todas las ambiciones y todas las pasiones de los hombres.

El clero me persigue, ve en mí un obstáculo á sus miras tenebrosas y envía ese desgraciado sacerdote, que en el fondo me parece noble y bueno; me le envía con la negra misión de perderme y mi fatal hermosura le encadena y le enloquece...

¿Á dónde irá á parar? ¿De qué será capaz en su locura? ¿Qué negros sufrimientos, qué espantosos peligros me amenazan?

El Ministro, ese viejo lascivo, quiere también poseerme, le empujan hacia á mí, hacia mi carne y mis encantos de hembra, los últimos impulsos de una virilidad pervertida y asquerosa, *la lujuria senil:* es también enemigo peligroso.

¿Qué querrá el periodista liberal que ha solicitado hablar conmigo?

¿Querrá sólo dinero, sólo influencia, ó querrá también lo que los otros?

¿Podré yo sola contra tantos enemigos?

¡Ah!, mi querido Rafael, mi desgraciado hermano; tú confiaste al morir en que yo sola podría salvar á tu hijo.

Para él y para tantos otros niños huérfanos, abandonados, sin pan, sin dicha, sin instrucción,

sin porvenir; para ellos he fundado yo la Escuela, y por ellos, por su felicidad, lucharé hasta la muerte.

¡Y sí los salvaré!

Tengo fe y voluntad y con fe y voluntad se alcanza todo.

Realizaré la magna, la sublime obra de redención, soñada por el altruísta Alfonso (1), por el santo y... ¡Haré el bien á pesar de los hombres siempre malos y á pesar de los dioses siempre falsos!

---

(1) El Dr. Alfonso Estévanez, protector de María y de su hermano Rafael, cuya muerte hemos referido en el libro anterior á éste, intitulado «Desequilibrio».

III

APOSTASÍA

III

APOSTASÍA

Solo y triste, en medio del silencio de la noche; con un libro en la mano, el Evangelio, y contemplando la imagen del Crucificado, iluminada apenas por la luz mortecina de una lámpara encendida al pie del ara: así sorprendió á Rosa el reloj de la Iglesia vecina al dar con misteriosa y solemne lentitud, doce consecutivas campanadas.

— Las doce, murmuró con desaliento, y se volvió á abismar en su profunda y tenaz meditación.

Él creía en Dios, le amaba desde niño y creería y le amaría hasta la muerte.

No, de Dios no dudaba, ni había jamás duda-

do, ni llegaría á dudar mientras viviera; pero... ¿Y la religión?

Esto era ya distinto.

La religión no era más que un mito creado por la ignorancia, el temor y la superstición humana, y él y los suyos no eran más que unos impostores.

Lo que se sabía de Cristo y de la doctrina primitiva había sido tomado, primero de los cuatro evangelios y después de las epístolas de Pablo.

Pero los cuatro evangelios canónicos (esto lo sabía él muy á fondo), habían sido escogidos en el Concilio de Nicea, presidido por el asesino Emperador Constantino; habían sido escogidos en el año 325, por los 318 Obispos allí reunidos, entre una aglomeración de manuscritos disparatados y contradictorios, datando de los tres primeros siglos.

En la primera lista de elección figuraban *cuarenta evangelios*, y como los Obispos acalorados por la discusión se injuriaban ignominiosamente sin ponerse de acuerdo, se decidió (según el Synodikon de Pappus) colocar todos los libros debajo del altar y rogar al Cielo que decidiera por

medio de un milagro, haciendo que los documentos apócrifos quedasen debajo y que los escritos verídicos de origen divino saltasen y se colocasen sobre el altar.

El Cielo, que por aquellos tiempos era en extremo complaciente y muy dado á hacer milagros y á cumplir antojos, accedió á la extravagante pretensión de los Obispos: saltaron los tres evangelios sinópticos redactados, *según Mateo, Marcos* y *Lucas*, á principios del segundo siglo y saltó también un evangelio muy distinto de los otros, el redactado, *según Juan,* á principios del siglo II.

Después: las epístolas de Pablo, de las cuales sólo tres son auténticas, las escritas á los Corintios, á los Romanos y á los Gálatas, han sido lastimosamente adulteradas: el Cristianismo, el Paulinismo, una mezcolanza de las religiones antiguas, de la filosofía griega y del judaísmo.

¿Y el papado?

El papado era falso y además negro. ¡Qué historia la de los Papas!

¡Qué siniestra procesión de locos, criminales, envenenadores, asesinos, desequilibrados, sexua-

les, incestuosos y crueles *representantes de Dios* sobre la tierra!

Ante el conturbado espíritu del sacerdote desfilaban en aciaga peregrinación de doce siglos, cual un tropel de espectros alumbrado por la escrutadora antorcha de la Historia.

Con la tenacidad de una obsesión asaltaban la memoria de Rosa las irónicas palabras del sifilítico y frívolo Papa León X:

¡Nos ha valido tanto esta fábula de Jesucristo!

Y sin embargo, Jesucristo era un iluminado, es verdad, pero era un santo y noble profeta, lleno de altruísmo, caridad y amor para los hombres sus hermanos; en tanto que los papas han cometido durante doce siglos tantas iniquidades, crímenes y errores en el nombre de Dios; y los sacerdotes han sacrificado tantas víctimas á su ambición, á su avaricia, ó á su lascivia, que el pobre Rosa, no sabía humanamente explicarse como el Dios de bondad y de justicia podía haber tolerado tamaña execración.

Ocho mil herejes quemados vivos en España; noventa mil despojados de sus bienes y condenados á penitencias públicas; más de cincuenta mil

víctimas sacrificadas al furor del clero en los Países Bajos durante el reinado de Carlos V. ¿Y Giordano Bruno? ¿Y Juan Huss?

En aquel momento, Rosa veía con toda claridad una fecha gloriosa para la libertad del pensamiento humano—31 de Octubre de 1517.—Veía á Martín Lutero clavando sobre la puerta del castillo de Wittemberg sus 95 tesis y rompiendo la pesada é ignominiosa cadena del papismo.

Pero después veía una fecha negra—13 de Julio de 1870.—Veía muy bien á un papa desequilibrado, epiléptico, audaz, degenerado, proclamando su propia infalibilidad y la infalibilidad de sus antecesores.

Verdad que de los 601 Príncipes de la Iglesia reunidos en el Concilio Vaticano, 150 votaron en contra de la pretendida infalibilidad y que la opinión de ciento cincuenta prelados pesaba mucho en el ánimo de Rosa; pero ¿A qué venía todo eso?

¿No pertenecía el mismo al sacerdocio?

¿No poseía secretos espantosos?

¿No había confesado á muchas de las concubinas de sus compañeros de culto?

¿No se le empezaba ya á iniciar en las altas y tenebrosas intrigas de su clase?

Y por último: ¿No había él mismo recibido la consigna de conquistar á la opulenta viuda, á la oveja descarriada y traerla al redil, aunque para ello fuese necesario prostituirla?

¿No se le había ordenado que la llevara en los piadosos brazos del Pastor ó en los lascivos brazos del amante; *pero que á toda costa la llevara?*

Sólo que esta vez el Pastor se había convertido en esclavo, porque él ya no podría en lo sucesivo, ni creer más que en Dios, ni amar más que á María! ¿Prostituir á María?

Sin duda el Arzobispo estaba loco.

Dios amaba á María que era la buena y odiaba al Arzobispo que era el malo.

¿Prostituirla? ¡Jamás, aunque pudiera!

Amarla, venerarla, idolatrarla; vivir sólo para ella y morir por ella si fuese necesario: eso sí.

Un casto, honrado hogar; María á su lado, una hermosa niñita en una cuna: mucha felicidad y mucho y santo amor, porque el amor es santo, es don de Cielo; pero ¿y sus falsos votos... la castidad sacerdotal... el celibato?

Sueños irrealizables, todo inútil: María no le amaba, antes bien le despreciaba, le creía el ciego, el servil instrumento del sacerdocio que trataba de hundirla en el fango...

El reloj de la Iglesia vecina dió la una.

Rosa se estremeció.

—¡Cual pasa el tiempo!, dijo en voz alta, el plazo expira... mañana la veré y si no..., moriré.

¡Iré sin duda, ya no soy sacerdote, me engañaba; creí cuando salí del Seminario que habría en el sacerdocio muchos malos, porque al fin son todos hombres; pero nunca creí que todo fuera falso, todo engaño!

El gran secreto del poder del clero, consiste en hacer creer á los demás sin creer realmente en nada; engañarse los mismos sacerdotes los unos á los otros sin decirlo jamás, sin confesarlo nunca; y sabiendo que se engañan y se mienten, aparentar que todos creen en todo y obrar mal en el fondo, fingiendo fe y virtudes en la forma.

¡Todas las religiones son lo mismo: yo las conozco todas!

El Boudhismo cuenta 503 millones de sectarios; Brahma 138; el Islamismo 120.

De 410 millones de cristianos que existen en el mundo, sólo 225 profesan el catolicismo Romano; 75 pertenecen á la iglesia griega y 110 millones á las diversas sectas protestantes.

¡Mil millones de hombres viven en el error desde el principio del Mundo! y ¿Sólo 225 millones de católicos están en la verdad?

¡Sí, el cristianismo no es en realidad más que una mezcla de principios tomados de las otras religiones y Cristo y Paulo, los dos eran mestizos, mezcla de dos razas: la Semita y la Aryana, por eso el cristianismo resultó al fin un producto mestizo de la filosofía griega y de la antigua religión judía: sus sacerdotes somos todos tan falsos como los de Isis ó de Budha.

¿Pero por qué se aferran en mí las creencias que creí perdidas?

¿Por qué este desconsuelo, por qué este sufrimiento y por qué este pavor?

El reloj de la Iglesia vecina dió las dos.

Rosa se puso en pie.

Maquinalmente se dirigió al armario en que guardaba sus lujosos ornamentos sacerdotales; se revistió como si fuera á decir misa; luego se vió á

sí mismo y preguntó espantado: ¿pero qué estoy haciendo?

Enloquecido dió varios pasos por la estancia; miró el Cristo que enclavado en la cruz parecía contemplarle desde el ara; y cayó arrodillado ante la imagen:

¡Por si me oyes, clamó; sabe que la amo tanto, como nunca creí que se pudiera amar ni en la Tierra en que estoy, ni en el Cielo en que estás!

Yo no creo ni creeré que el amarla sea pecado, porque sé que tu Padre, ese Dios que me creó, me creó para el amor, pues que me hizo hombre y á ella la hizo mujer.

¿Por qué, ni para qué crear dos sexos, poner en dos criaturas la pasión ideal en el alma y el instinto brutal en la carne y empujarlas la una hacia la otra con esa misteriosa afinidad que se encierra en el pólen, palpita en el beso, conjuga la caricia, fecunda los embriones, inunda las entrañas, adormece las flores y desquicia los astros?

¡Creced, multiplicáos, amad hasta el delirio y perpetuad mi obra perenne de fecundación generadora, dijo Dios á los hombres, á las cosas, á los mundos; y solo á mí, eunuco de la dicha, sacerdo-

te de un culto fementido, esclavo de una secta de perjuros; me grita en el oído: ¡Tu, castrado moral, infecundo, improductivo; sacrifica tu amor, tu vida y tus instintos á ese voto imposible que hiciste; rompe la estéril urna en que se encierran las inútiles gemas de tu especie, y sigue tu camino en medio de los que aman y fecundan, proscrito del placer, como un capullo seco que el soplo germinal arrastra sobre el lecho de lujuria de una rica y ardiente floración de Primavera.

¡No, Cristo... no... yo necesito amar, quiero sentirme padre, quiero mi parte de dicha y de placer en el festín de amor en que se embriagan los que viven, quiero también mi puesto, un puesto digno en el grandioso gineceo que has creado!

Yo no quiero el amor criminal, el clandestino, el infecundo amor infanticida, que consume á los otros sacerdotes; quiero un amor de hogar santo y honrado, mucha luz, mucho sol, flores, perfumes, nidos, aves que canten y niños que sonrían... quiero á María.

¡Amar y hacer el bien, ese es el más sublime sacerdocio!

Dame á María, Señor, dame la vida; porque

fuera de ella todo es duda, todo es negro, todo es muerte. Haz un milagro más ¡has hecho tantos!

Tú que tanto sufriste y tanto amaste, ten compasión de mí que sufro y amo tanto.

Tú que hablaste á los santos y profetas, háblame á mí también, que siempre he sido bueno.

Dime que no es pecado amarla como la amo, dime que me relevas de mis votos; que no es un sacrilegio tener esposa, hijos; que no estoy consagrado, que los *óleos* no son más que una vana ceremonia, un episodio de la magna litúrgica comedia que á través de los siglos viene representando el sacerdocio.

Dime que me perdonas, dime...

¡Nada..., no me contestas..., no, los ídolos no hablan..., estoy loco!...

El reloj de la Iglesia vecina dió las cuatro.

Rosa no las oyó: cuando la aurora vino á alumbrar los rostros de los santos que adornaban la estancia del asceta, encontró al casto y virgen sacerdote tendido sobre el suelo, inmóvil, desmayado: sobre la mesa el Evangelio abierto, en el altar la lámpara apagada, y enclavado en la cruz el Cristo mudo. . . . . .

Galanas, ricas flores: madreselvas, gardenias, amarantos, violetas y azucenas en hermosos jarrones de colores; canarios enjaulados, modulando sentidos y sonoros trinos; un sol primaveral, inundando de luz la perfumada alcoba; María con la soberbia cabellera destrenzada y la bata casi suelta, modelando las curvas tentadoras de su seno hasta entonces infecundo; María llena de encantos y sonriendo á la luz y á la vida; eso encontró al entrar el triste y abatido sacerdote.

—Vengo, señora, dijo con voz pausada y firme, á traer la prueba prometida:

Me ha dicho usted que cree apenas en Dios y que no reconoce sacerdocios; que le bastan las leyes sociales para regir su vida y su conducta, y que la religión no le hace falta para llevar tranquila su conciencia. Yo creo en Dios con la fe más intensa y más pura; pero tampoco creo en las religiones: he dejado de ser un falso sacerdote y hoy he empezado á ser un hombre leal y honrado.

Vengo á ofrecer á usted la mano de ese hombre leal y honrado, y mi nombre, hasta hoy inmaculado. ¿Quiére usted aceptarme por esposo? ¿Encuentra usted la prueba suficiente?

— La encuentro suficiente, dijo María enjugando una lágrima rebelde, pero voy á imponer una única condición irrevocable:

Si después de mil días, á contar desde hoy y después de pensarlo mil veces, vuelve usted á ofrecerme lo que ahora me ha ofrecido: juro por la memoria de mi madre que seré su esposa. ¿Acepta usted el plazo?

— Está aceptado

IV

SALVADOR MARES

IV

SALVADOR MARES

Tres años después de los acontecimientos referidos y á pesar de la ruda oposición que el clero, los políticos ligados con el clero y hasta los mismos hombres prominentes y algunos escritores del partido liberal hacían á la Escuela industrial, esta benéfica institución había progresado de tal modo que ya no era necesario gastar como al principio, sumas enormes para sostenerla, pues los inumerables artefactos fabricados en la Escuela producían lo suficiente para cubrir su presupuesto.

En el establecimiento se fabricaba desde la

ropa, calzado y útiles que usaban los alumnos, hasta muebles de lujo, alfombras, casimires, tapices y carruajes, que competían en precio y calidad con los artículos similares del mercado.

En los talleres mismos de la Escuela se imprimían, no sólo los libros de enseñanza, sino también las obras de los autores pobres que lo solicitaban, y un periódico semanal redactado por los alumnos bajo la dirección de sus profesores.

Entre los educandos había excelentes artesanos, albañiles, herreros, carpinteros, curtidores, zapateros, etc., etc., y muchos de ellos prometían llegar á ser notables músicos, escultores y pintores.

Salvador Mares, el hijo de Rafael y de Mimí, recogido por María (y no el hijo de ella y del Dr. Estévanez, como había creído mal informado el Arzobispo), iba á cumplir ya veintiún años y era un inteligente y hábil carrocero.

El Dr. Estévanez había recomendado á María que le educase fuera de la Escuela y le pusiera profesores especiales; pero ella que al principio había seguido las instrucciones del Doctor, comprendió pronto que era imposible imprimir al ca-

rácter de un joven esa energía varonil y ese valor audaz que son indispensables para la lucha por la vida, substrayéndolo al medio habitual en que forzosamente tendría que encontrarse más tarde; comprendió asimismo que sólo aprendiendo y avezándose á luchar primero con los niños, podría luchar más tarde con los hombres, y comprendió también todos los riesgos á que indudablemente se encontraría expuesto al entrar de lleno en la vida social sin estar avezado á las contiendas que empiezan en la Escuela y continúan después en el Foro, en la Bolsa, en el taller ó en el campo de batalla.

No encontrando María una Escuela de su gusto, pues en todas veía muy grandes y lamentables deficiencias, resolvió fundar la Escuela industrial para que á la vez que educaba al hijo de su hermano, pudieran educarse otros niños huérfanos y pobres.

Salvador ignoraba que María fuese hermana de su padre.

Se creía uno de tantos huérfanos amparados por la noble señora, y esto sirvió de mucho al joven carrocero, pues se habituó desde niño á no

contar más que con sus esfuerzos propios para formarse un porvenir.

En la Escuela industrial se había fundado una clase de religiones comparadas, con el objeto de que los alumnos pudieran libremente escoger la que quisieran.

Salvador no encontró entre todas ellas una que le inspirase la suficiente fe y convicción para abrazarla, y he aquí en resumen sus ideas y sus creencias:

La Tierra no es un mundo formado de la nada, es uno de los astros formados, según leyes que dentro de la unidad física y química del Cosmos presiden la continua y eterna metamorfosis de la materia, metamorfosis que abarca todo lo que constituye el Universo, desde la historia geológica de nuestro planeta hasta la historia genealógica de sus habitantes; desde la historia de la humanidad hasta la historia de los pueblos; desde la historia del astro hasta la vida del hombre.

La tierra, como todos los cuerpos celestes, ha salido de una de esas nebulosas, que formadas por masas inmensas de gas al estado incandescente, son sin duda los *gérmenes estelares*, el origen de los mundos.

En esas nebulosas cuya temperatura llega á millones de grados, los elementos químicos no están todavía separados, probablemente no existe aun en ellas ni la total separación de la masa y del éter.

Están formadas por un elemento primordial, prothylo, cuya condensación por enfriamiento va recorriendo las diversas fases de su evolución, pasando del estado gaseoso al líquido y al sólido, y empezando en la incandescencia termina en la congelación á que han llegado los planetas muertos.

De las nebulosas se desprenden areolas semilíquidas que irán á formar soles ó estrellas; de las estrellas se desprenden otras masas que irán á ser planetas; de los planetas se desprenden lunas y de las lunas fragmentos más pequeños que irán á ser estrellas errantes ó meteoritos.

El enfriamiento de todos estos astros llega á ser suficiente para que tras complicadas combinaciones químicas pueda formarse el protoplasma y con él aparecer la vida.

Después continúa el enfriamiento y la vida desaparece, se extingue.

Entre tanto las órbitas se acortan lentamente hasta que al fin las lunas se precipitan en las Tierras, las Tierras en los Soles, y del tremendo choque producido por las colisiones siderales resultan, por la enorme elevación de la temperatura, nuevas masas de prothylo al estado incandescente y vuelven á empezar las proyecciones de planetas y las formaciones de mundos.

Esta sucesión alternativa de las condiciones cosmogenéticas, realizada en el tiempo y en el espacio sobre una masa siempre igual, constituye la eterna metamorfosis del cosmos y la eterna conservación de la materia, que sólo se transforma sin ser jamás creada, sin ser jamás perdida.

Entre las numerosas cosmogenias de la antigüedad que pretendían explicar la formación del cielo y de la tierra por medio de potencias sobrenaturales, ó por medio de mitos ó milagros y entre todas las leyendas que sobre la Creación nos dan á conocer las religiones; la leyenda de Moisés llegó á adquirir preponderancia porque fué juzgada por las masas ignorantes, como la palabra de Dios y se creyó en ella á pesar de que ya desde hace cuatro mil quinientos años los chinos,

los caldeos, los egipcios y los indios del lejano Oriente conocían la astronomía.

En el año de 2697 antes de Jesucristo, un eclipse de sol había sido astronómicamente observado en la gran China, y mil cien años antes de Jesucristo, la inclinación de la eclíptica había sido determinada por medio de un *gnomon*.

Jesucristo que carecía de conocimientos astronómicos, juzgaba del cielo, de la tierra y de la naturaleza misma del hombre, dentro de los más estrechos límites geocéntricos y antropocéntricos.

En cambio los filósofos naturalistas griegos habían ya, quinientos años antes de él, explicado la formación natural de la tierra, de la misma manera que la de los astros; pero los ignorantes cristianos recurrían al milagro por que la autoridad de la Biblia y el mito del Diluvio impedían todo progreso: las leyendas mosaicas han sido admitidas hasta mediados del siglo XVIII, y la teología ortodoxa las admite hasta hoy.

La iglesia y el papado impugnaron el sistema heliocéntrico de Copérnico, por sostener la concepción cristiana que ha hecho de la Tierra el centro del Universo y del hombre un Rey de la

creación á semejanza de su Dios; pero Kepler y Galileo fundaron sobre el sistema de Copérnico la mecánica celeste á la que Newton dió con su teoría de la gravitación una base inquebrantable, y por fin, hoy se enseña hasta en los Seminarios, que *Josué no paró el sol* (1).

Los progresos de la geología han venido á destruir las mitológicas leyendas relativas á la formación de la Tierra en seis días ó épocas, y no se invoca ya la intervención de un gran milagro para explicar su aparición.

Se sabe que su formación se ha verificado no en miles, sino en millones de años, y se calculan:

Para el período archozóico....	52	millones.
Para el período paleozóico....	34	—
Para el período mesozóico....	11	—
Para el período cenozóico.....	3	—
Para el período antropozóico..	100.000	años.

Y para el período de civilización (Historia Universal), 6.000 años.

Total..... ¡100 millones de años!

---

(1) No me extrañaría que alguno de los lectores juzgara fuera de lugar la parte meramente científica de este capítulo; pero debo advertir que desde el momento en que escribo un libro y lo publico, lo primero que reconozco en todos los que saben leer, es el derecho de censurarlo.

El hombre no apareció sobre la Tierra, tal como es hoy, ni en la fecha en que dice la Biblia, ni es una *terracota*, ni le sacaron una costilla para formar á la mujer, ni habló con la serpiente, porque entonces ni él mismo poseía el lenguaje articulado, ni tuvo que vestirse con hojas de higuera, porque estaba vestido de pelo como todos los monos antropóides sus contemporáneos: todo esto apenas sería bueno para que las niñeras entretuvieran á los niños.

Desde el momento en que un astro cualquiera, nuestro planeta por ejemplo, llegó á reunir las condiciones cósmicas en que los fenómenos biológicos pueden manifestarse, apareció el primer protoplasma, es decir, la materia viviente, y tras aquel protoplasma la vida de todos los vegetales y de todos los animales, desde el más humilde protozoario hasta el altivo é inteligente rey de la creación.

El hombre apareció sobre la Tierra bajo la forma de *mónera* de Haeckel, y recorrió los diferentes grados de la escala zoológica hasta llegar á ser un vertebrado.

Entre los diferentes grupos de animales que se han desarrollado en la Tierra durante el curso del

proceso biogenético, el grupo de los vertebrados ha superado á los otros en la lucha por la evolución.

En este grupo, en una época tardía, en el período triásico, una clase, la de los mamíferos, descendiente de los reptiles primitivos y de los anfibios ha ocupado por su importancia el primer rango.

En dicha clase ha alcanzado un alto grado de desarrollo el orden de los primates que apareció hace ya cerca de tres millones de años, hacia el fin del período terciario y salió por transformación de los placentalianos prochoriátides.

Y por fin vino el hombre salido de una serie de monos antropóides.

Este es un hecho histórico cuya comprobación definitiva se debe al médico militar holandés Eugenio Dubois, que en 1894 encontró en Java el *hombre mono petrificado el Pithecantropus erectus,* es decir, el eslabón perdido de la cadena de Darwin, el miembro que faltaba en la serie de los primates que se extiende hoy sin interrupción desde nuestros antepasados los monos catharrinianos inferiores, hasta el más estirado *gentleman* de las sociedades modernas.

Estas eran las creencias de Salvador en lo relativo á la formación del mundo y al origen del hombre.

En cuanto á creencias religiosas, ya hemos dicho que no tenía ningunas.

En cuanto á moral, Salvador aceptaba casi por completo las doctrinas monistas del honorable sabio y profundo pensador Ernesto Haeckel:

La vida práctica impone al hombre una serie de obligaciones que no pueden llenarse bien conforme á la naturaleza, sino cuando armonizan con la concepción racional que el hombre mismo se ha formado del Universo.

Reconociendo que la vida moral é intelectual del hombre no forma sino una parte del cosmos, hay que aceptar que no existen dos mundos distintos y separados: el uno físico y el otro moral ó intelectual.

Desde luego los tres dogmas centrales de la metafísica, el *Dios personal*, el *libre arbitrio* y el *alma inmortal*, no deben servir de base á ninguna doctrina, desde el momento en que su realidad no puede demostrarse ni por la ciencia ni por la razón.

Hay, pues, que buscar la base de la moral, el

sentimiento del deber en el hombre, no ya en un ilusorio *imperativo categórico* como el de Kant, sino en el terreno real de los instintos sociales que existen en todos los animales superiores que viven asociados.

El hombre forma la parte principal del grupo de vertebrados sociables, y tiene, por consiguiente, como todos los animales sociales, dos grandes clases de deberes; primero para consigo mismo y después para la sociedad á que pertenece.

Los primeros son los mandamientos del amor á sí mismo (el egoísmo), los segundos son los mandamientos del amor á sus semejantes (el altruísmo); ambas clases de deberes son normales, igualmente legítimas é igualmente indispensables.

Desde el momento en que el hombre quiere y necesita vivir en una sociedad bien organizada y encontrarse bien en ella; no debe procurar tan solo su felicidad, sino también la felicidad de la comunidad á que pertenece, la de sus semejantes.

Debe reconocer que la felicidad y los sufrimientos de la sociedad á que pertenece, son su felicidad propia y sus propios sufrimientos.

Esta ley social impuesta por la naturaleza es indiscutible.

La igual legitimidad del *egoísmo* y del *altruísmo*, del amor á sí mismo y del amor al prójimo, es la base de la moral *monista* racional, cuyo supremo fin es establecer un equilibrio, conforme á la naturaleza, entre el egoísmo y el altruísmo.

Los deberes que la constitución de la sociedad impone á los hombres asociados y gracias al cumplimiento de los cuales se sostiene, no son más que formas superiores de evolución de los instintos sociales que existen en todos los animales superiores que viven asociados: instintos y hábitos que han llegado á ser hereditarios.

Los dos grandes instintos siempre en lucha, el egoísmo y el altruísmo son leyes de la naturaleza, igualmente importantes, y las dos indispensables al sostenimiento de la familia y de la sociedad: el egoísmo permite la conservación del individuo; el altruísmo, la conservación de la especie, constituída por seres perecederos y transitorios.

El principio de Kant: «Obra siempre de tal modo que la máxima de tu conducta pueda ser erigida en un principio de legislación universal»

no ha pasado hasta hoy de un sueño irrealizable.

Según esto todo hombre debería tener el mismo sentimiento moral que los demás hombres.

Pero la antropología nos ha venido á enseñar que no es así. Entre los pueblos primitivos los deberes son muy diferentes de los deberes de los civilizados. Allí el robo, el fraude, el adulterio y el asesinato suelen ser virtudes y aun deberes.

Es necesario, pues, buscar la base, *la ley de oro* de la moral en el perfecto equilibrio del amor á la felicidad propia y el amor á la felicidad del prójimo.

Esta *ley de oro*, enunciada 620 años antes de Jesucristo por uno de los siete sabios de la Grecia, Pittakus de Mythtilena «no hagas á tu prójimo lo que no quisieras que te hicieran á tí»; fué también enunciada 5000 años antes por Confucio que negaba la personalidad de Dios y la inmortalidad del alma, y decía:

«Haz á cada uno de tus semejantes lo que quisieras que te hicieran á tí, y á nadie hagas lo que no quisieras que te hiciesen. Tú no necesitas más que observar este mandamiento; es la base de todos los demás.»

Esto mismo decían Aristóteles, Thales, Arístipe, Sextus, Isócrates y otros filósofos de la antigüedad clásica, varios siglos antes de Jesucristo.

Y esta regla de oro teniendo por base la naturaleza misma del hombre, sus instintos sociales y la necesidad de vivir en sociedad, ésta es bastante sin necesitar de creencias religiosas para servir de base á la moral.

Esta es la misma que ninguno ha enunciado en forma más hermosa que el altruísta y sublime Jesus de Nazaret:

Amarás á tu prójimo como á tí mismo.

Tal era la moral que se enseñaba en la Escuela industrial.

A los veintiún años, Salvador era un joven bastante inteligente y de firme carácter, pues sus maestros habían de preferencia tratado de educar en él la voluntad, y saben bien los pedagogos que la voluntad es una facultad que, aunque rudimentaria en los primeros años de la vida, es como todas las facultades del espíritu, susceptible de un alto desarrollo bajo la influencia de la educación y el ejercicio.

Había heredado el talento de su padre y con él

alguno que otro vestigio de sus estigmas psíquicos; pero la sabia dirección de sus facultades y el racional encauzamiento de sus aptitudes bajo la disciplina de una educación hábilmente conducida, habían logrado equilibrar sus actividades cerebrales y el único rasgo de desequilibrio que le quedaba era un rasgo sublime: la impulsión á versificar; Salvador era poeta.

«La órbita del pensamiento humano, dice Maudsley, está como las órbitas de los planetas, determinada por dos fuerzas antagonistas. Una fuerza centrífuga ó revolucionaria proyecta las ideas y los impulsos, en tanto que el freno del hábito obra como fuerza centrípeta, conservadora, y la resultante de estas dos acciones contrarias es la vía en que se realiza la evolución del espíritu.»

El equilibrio de estas dos fuerzas antagonistas constituye el carácter.

La formación de un carácter en el cual, pensamientos, acciones y sentimientos estén perfectamente coordinados y subordinados á una firme voluntad, es la tarea más difícil del maestro, y realizada, constituye el grado supremo del desarrollo personal.

El que ha logrado obtener por un método consciente el acuerdo absoluto entre el individuo y su naturaleza propia, y la completa armonía entre el hombre y la naturaleza, ha logrado sacar de su personalidad, de la naturaleza humana y del mundo en que vive el más alto y ventajoso partido; se ha hecho superior á los acontecimientos y puede considerarse á salvo de la funesta acción de las pasiones, los impulsos y las dolorosas emociones en cuya tempestad naufragan casi siempre la inteligencia y la razón humana.

Salvador era un hombre de carácter.

Había estudiado lógica, matemáticas, física, química, historia natural, historia universal, geografía, derecho natural y derecho civil.

Poseía las nociones más indispensables de anatomía, fisiología, embriología é higiene.

Conocía tres idiomas; música, dibujo, contabilidad mercantil, y sobre todo esto, era un artesano instruído, un hábil carrocero.

Poseía una notable instrucción cívica, conocía la táctica, la ordenanza militar y el manejo de las armas, lo suficiente para servir cuando llegase la ocasión en el ejército de su patria.

Hábil en pugilato y en esgrima, era un gran nadador, un gran jinete, y había obtenido el primer premio de gimnasia.

Caballeroso para con todo el mundo, galante con las damas, respetuoso con los ancianos, afable y cariñoso con los desvalidos y los niños; tenía en muy alta estimación su dignidad de hombre.

Sabía gozar de todo, ciñéndose á la máxima de Horacio: *ned quid nimis,* y abstenerse de los excesos, no porque los juzgara pecados sino porque comprendía muy bien lo pernicioso que es traspasar las fronteras del honesto placer y rodar en el fango de los vicios.

Sin incurrir en exageraciones ni soñar en utopias, sin meterse á investigar lo que juzgaba inaccesible á su razón, había aprendido á no pedir al mundo más que aquello que el mundo puede dar y á no ambicionar jamás sino lo que él pudiera conseguir con sus esfuerzos propios y su valer personal.

Aceptaba la existencia tal como es, los hombres y las cosas como son y el trabajo y la lucha por la vida, tales como deben ser.

Sabía, en una palabra, que la *relativa felicidad,*

única que el hombre puede alcanzar sobre la tierra, sólo se obtiene por la *perfecta adaptación al medio*.

No profesaba religión alguna, pero respetaba las creencias de todos, era honrado por convicción y había aprendido á hacer el bien por amor á sí mismo, y por amor á los demás.

Tal era el resultado de la educación que recibían los alumnos en la Escuela fundada por María.

V

ANARQUISTA

V

ANARQUISTA

Salvador había terminado satisfactoriamente sus estudios, María estaba contenta de su obra; pero hacía ya dos años que el joven carrocero estaba enamorado de la señorita Aurora Ponce, hija de un honorable comerciante, y creyendo María que su sobrino era demasiado joven para casarse, le propuso acompañarla á Europa con el carácter de secretario, durante un viaje de dos años.

Esto le serviría para perfeccionarse en su oficio, y al regresar, María le proporcionaría los medios de establecer un gran taller, dotado de todas las mejoras que la industria moderna ha introducido en el ramo de carrocería.

Aunque sintiendo mucho separarse de su novia, Salvador aceptó el generoso ofrecimiento de su protectora á la que amaba y respetaba cual si fuera su madre.

Aurora lloró mucho al recibir esta noticia, pero Salvador le juró serle fiel; habló al padre de la joven y quedó convenido que el matrimonio se verificaría al regresar del viaje.

La Escuela industrial quedó á cargo del Director, un hombre íntegro y honrado en quien María confiaba enteramente.

Al llegar á París, Salvador fué admitido en los talleres-modelo de la casa Martín y Cía.

Durante el día, Salvador trabajaba en el taller y por la noche se ocupaba de los negocios y la correspondencia de la señora.

Instalada en un modesto hotel en la Avenida Kleber, María salía muy poco y procuraba no contraer demasiadas relaciones; estaba siempre triste y solía llorar á solas.

Á su pesar, y con frecuencia, se acordaba de Rosa, de aquel hombre que tan enamorado parecía de ella, y cuya noble figura y elevados sentimientos habían logrado conmoverla.

El plazo que ella misma había fijado para ser su esposa, había expirado y Rosa no volvía.

Desde el día en que saliera de su casa aceptando la condición que se le había impuesto, María no volvió á verle ni á saber más de él.

¿Se habría expatriado? ¿Habría ya muerto? ¿Le habrían asesinado?

«¡Ah! corazón de mujer, pensaba la hermosa viuda en sus horas de tristeza, qué bien han hecho los que te han declarado un *hondo abismo.*»

«Yo, que llegué á soñarme una *mujer fuerte*, tengo que confesar que no lo soy y que le amo».

Una tarde en la que Salvador, que siempre procuraba distraer á María, la había invitado á visitar el Louvre, salían los dos de brazo y esperando su coche se detuvieron en la esquina.

En los momentos en que el coche se acercaba, vió María frente á ellos un hombre mal vestido, con el cabello casi hasta los hombros, la negra barba muy crecida, y el semblante muy pálido y enflaquecido.

Aquel hombre había venido por la calle de Rívoli, y al mirar á María se detuvo; brilló en sus grandes y ardientes ojos negros, algo como un

relámpago de dicha ó de emoción, y luego se volvió violentamente y se alejó á toda prisa en dirección al Sena.

María, profundamente emocionada, se sintió desvanecida, y alarmado Salvador se apresuró á instalarla en su carruaje.

—¿Está usted mal?, preguntó con solicitud á la señora.

—No, Salvador, estoy ya bien, contestó ruborizada, creí reconocer á un antiguo amigo... ¿ves aquel hombre de la barba negra? Síguelo sin perderle de vista y aunque tengas que emplear toda la noche averigua quién es y dónde vive; necesito saberlo.

Salvador se puso en marcha; el hombre cruzó el Sena por el puente del Louvre y se internó en las estrechas calles del barrio latino.

María entre tanto regresó á su casa y dió orden al portero de decir á Salvador, á cualquier hora en que viniera, que subiese á hablarle.

Impaciente y agitada esperó largas horas.

Por fin, como á las dos de la mañana, oyó sonar la campanilla y momentos después vió entrar á Salvador que le refirió lo siguiente:

—Cuando me separé de usted seguí al hombre de la barba, hasta uno de los barrios más pobres y lejanos.

Le ví entrar en una casa sucia, de aspecto miserable y entré en pos de él. Tras varios incidentes novelescos, me encontré en un salón muy grande y casi á obscuras, pues tan sólo estaba iluminado por una lámpara que había sobre la única mesa que se veía en la habitación.

Mas de cuarenta hombres, la mayor parte obreros, se reunieron allí.

Había también algunos estudiantes rusos y varios individuos de aspecto tan siniestro que á primera vista se comprendía que eran bandidos.

Indudablemente aquellos hombres eran anarquistas y se reunían con el objeto de fraguar no sé qué tenebrosos y criminales proyectos; pero los acontecimientos se habían encadenado de tal modo que cuando comprendí el peligro en que me hallaba y quise retirarme, ya era tarde.

Me habían tomado por espía, me sometieron á un minucioso interrogatorio, tuve que mostrarles mis manos desenguantadas para que se convenciesen de que yo era un obrero, y estaba

á punto de salvarme, cuando llegó un español.

Yo había manifestado que venía de Madrid con objeto de enganchar obreros para un taller que en aquella ciudad debía instalar en breve plazo; pero el recién llegado me dirigió la palabra en su lengua, y al oirme hablar, les dijo á los demás que ni mi dialecto ni mi pronunciación eran españoles, renació la desconfianza, y aunque el hombre de la barba negra trató de defenderme á toda costa, salieron á relucir varios puñales.

Yo, que durante todo el tiempo que había permanecido entre ellos me ocupé en examinar con disimulo el sitio en que me hallaba, tenía formado un plan:

Derribé de un golpe la lámpara y quedamos á obscuras.

Me abrí paso á silletazos, hiriendo gravemente á varios hombres, pues la silla de la que me serví como de maza, era una pesada silla de madera de roble; aprovechando la espantosa confusión que se produjo, rompí una de las ventanas y salté desde el segundo piso á un tejado del primero, encontré un tubo de hierro y por él me bajé hasta la calle.

Anduve á la ventura, desorientado, varias calles, hasta que encontré un policía que me indicó el camino, y al regresar, ví en los momentos en que entraba al puente de las Artes, que un hombre se lanzaba al agua desde uno de los pilares; corrí violentamente á lo largo del Sena, aligerándome de ropa en tanto que corría, logré tomarle delantera, me eché al río y conseguí salvarle á pesar suyo.

¡Cuál sería mi sorpresa al reconocer en aquel infeliz que trataba de suicidarse al *hombre de la barba!*

Busqué un coche, le conduje á un hotel, conseguí reanimarle por completo, hablamos largamente, me confesó que era mexicano y que obligado por el hambre, por las vicisitudes y desgracias que en París le habían sobrevenido, se había al fin afiliado entre los anarquistas.

Me dijo que de todas maneras, moriría muy pronto, pues había contraído compromisos de tal naturaleza, que al no cumplir con ellos perdería la vida á manos de sus mismos compañeros.

Le aconsejé que volviera á su patria, que allí no correría peligro alguno, me contestó que le

sería imposible por carecer completamente de recursos.

Debe pesar sobre la existencia de ese hombre, que no es vulgar y parece muy instruído, alguna pena terrible, pues llegó un momento en que le ví llorar amargamente.

Por una feliz casualidad, había yo vuelto á encontrar la levita que me había quitado para echarme al agua y en la que traía dos billetes de mil francos.

Se los dí con el carácter de prestados, me miró conmovido diciendo: *aceptaré el dinero que me ofrece si usted me hace el favor de creer que soy, á pesar de todo, un hombre honrado y si se digna estrecharme la mano en prueba de ello.*

Le abracé sin poder contenerme, volvió á llorar y me ofreció que hoy mismo regresaría á su patria, si antes no le asesinaban.

Me dió su dirección y le ofrecí escribirle á México; nada le hablé de usted por que me pareció imprudente: se llama José Angel de la Rosa, ¿es éste el hombre?

¿Le parece á usted bien lo que yo he hecho?

—Por fortuna, contestó la señora, todo ha sa-

lido bien, pero si yo hubiera sabido el peligro á que te exponías, jamás hubiera consentido en que arriesgaras tu vida de ese modo: tú, Salvador, eres un valiente, y te has portado como un hombre; pero yo hice muy mal en exponerte, obré con demasiada ligereza...

—Señora, interrumpió el joven, no fué tan grande el peligro que corrí, pero si alguna vez tuviera que exponer mi vida seriamente para servir á usted, la expondría sin vacilar, y la daría con gusto, pues mi vida le pertenece á usted por el cariño que la tengo y por la gratitud que le profeso.

Luego besó la mano de María, con respeto de hijo, y se retiró á su habitación.

Cuando María se quedó sola, lloró como hacía mucho tiempo no había llorado. Recordó su niñez desventurada, su loco amor por Juan, los días felices que pasó al lado de su amante y protector, la muerte de su madre y de su hermano, todas las amarguras de su alma y todas las desgracias de su vida.

¿Por qué el destino había sido tan cruel para con ella?

Ella jamás había hecho mal á nadie, por el contrario, hacía bien á todo el que podía.

Otras mujeres hay que son felices, y muchas que lo son sin merecerlo.

¡Tienen un padre bueno y cariñoso, una madre querida y respetada; se casan, son amadas, tienen hijos á quienes amar, lo tienen todo! Ella nada tenía.

Salvador, aquel bello y noble joven, era el único sér que la quería sobre la tierra; pero él amaba á Aurora, se casaría con ella, crearía un hogar dichoso y María volvería á quedarse sòla.

Rosa, su último amor, la última esperanza de su vida, no volvería ya más, estaba hundido en un horrible abismo de miseria, de perdición y quizá hasta de crimen.

Y aunque volviese, ¿podría ella ser la esposa de aquel hombre?, ¡no, y mil veces no!

La obra de María era una obra de amor y redención, su vida entera estaba consagrada á los hombres sus hermanos, su misión era crear, regenerar, amar y redimir.

La obra del anarquismo, la de Rosa, era una negra obra de odio y de exterminio: su misión era destruir.

Y destruir injusta y ciegamente, hacer el mayor mal sin esperanza de obtener el más pequeño bien.

Abrazar una causa destructora y homicida sin objeto, sin fin, sin ideal y sin fe.

Matar sin compasión mil inocentes por cada criminal; sembrar por todo el mundo el crimen y el espanto, sin conseguir con esto más que enlutar la Tierra y destruir la sociedad.

¿Podrían ir juntos por el mundo, llevando ella la antorcha de la ciencia y la bandera blanca de paz y caridad, y llevando él la tea del incendiario y la bandera negra, como sangriento emblema de odio á la humanidad?

María no se explicaba, cómo Rosa, un hombre de talento, un hombre honrado, podía haberse afiliado en una secta de ignorantes, feroces y despiadados asesinos, que reclutan sus más ciegos partidarios entre los locos, los fanáticos y los alucinados visionarios; les surgieren ideas de exterminio y los empujan al cadalso por el camino del asesinato.

¿Rosa también creería como ellos que el mundo está muy mal organizado, que el capital está mal repartido, que hasta los que no trabajan, los cri-

minales, los bandidos, tienen derecho á poseer lo que los hombres honrados han ganado?

Verdad es que entre los poderosos y los ricos hay muchos egoístas, malvados, déspotas y crueles; pero, ¿acaso los pobres son todos ellos buenos, generosos y honrados?

Y sobre todo: ¿Por qué la digna y útil clase obrera se deshonra, se degrada y desciende hasta asociarse con holgazanes pervertidos?

¿Acaso el robo, el asesinato y la violencia, constituyen los medios de aumentar su salario y mejorar su posición?

Huir de las tabernas, concurrir á las escuelas nocturnas y á las Bibliotecas, educar á sus hijos y darles buen ejemplo, amar y respetar á sus esposas y sostener muy altas la dignidad y el nombre de su clase; ahorrar aunque sea á costa de grandes sacrificios, ayudarse los unos á los otros, cumplir con sus deberes y apoyarse á fin de conseguir el alza de jornales: hé allí el medio legítimo y honrado de mejorar la sociedad y de obligar al capital á repartirse en forma de salario equitativo entre las necesitadas clases que trabajan.

Si los obreros, todos, se unieran, se ayudaran,

se ilustraran; fundaran sociedades mutualistas y cooperativas; si organizaran grupos respetables, llegarían á imponerse al capital, que no podría marchar, ni progresar sin ellos.

La salvación de la gran clase obrera, no está en el anarquismo; está en la ilustración, en el trabajo honrado, en el ahorro, en la sociedad cooperativa, en la unión fraternal, hasta en la misma huelga; pero huelga pacífica, bien organizada y enérgica y debidamente sostenida.

La huelga es algo justo, es el ejercicio de un legítimo derecho, el de obtener la justa retribución de su trabajo; pero la turbulenta huelga de un grupo aislado, nada vale ante el capricho de un capitalista.

En cambio, ante la huelga pacífica bien organizada de todo un gremio de operarios, ante el imponente espectáculo de 100.000 hombres unidos y resueltos, no á atacar, sino tan sólo á sostenerse y ayudarse, los grandes industriales tendrían forzosamente que ceder ó que estrellarse.

Pero matar al Jefe de un Estado, asesinar á un Rey, volar con dinamita el hogar de un millonario y sepultar entre sus ruinas á miles de inocentes,

dejando en la orfandad á mil familias; esto es violar los sagrados derechos del hombre y deshonrar la humanidad; esto es subir las gradas del cadalso, dejando en pos de sí, á más de la miseria, la infamia y la deshonra á sus familias, el odio hacia su causa y el oprobio á su nombre.

Jamás el crimen llegará á reformar las sociedades ni á mejorar el porvenir.

Jamás el hombre llegará á ser feliz, si no es honrado; la dicha, el bienestar y el porvenir de la familia están en la virtud, en el saber y en el trabajo.

Tal pensaba María, deseando ardientemente volver á ver al sacerdote Rosa.

¡Si ella pudiera hablarle, tal vez llegara á convencerle!

Ya no se casaría con él, por que sus antes castas manos, estarían hoy manchadas con sangre de inocentes; pero al menos podría, si aún era tiempo, apartarle del mal, regenerarle, y volverle al aprecio de los hombres y al camino del bien.

¿Cómo aquel hombre que parecía tan noble, tan instruído y tan generoso, había rodado hasta el obscuro fondo de ese abismo social en que á im-

pulsos del hambre germinan y fermentan desde hace algunos años las pasiones más negras, los vicios más horribles, los fanatismos más extraños, los desequilibrios más funestos, las iras más salvajes y los odios más intensos?

Sin poder explicarse las misteriosas causas que presiden las horribles caídas de los hombres, ni las inexcrutables leyes que rigen los destinos de las clases sociales, María muy fatigada y profundamente entristecida, logró por fin dormirse recordando entre sueños las desconsoladoras frases del sabio Estévanez:

¡Hay más allá del humano entendimiento, no sé si muy arriba ó muy abajo, una fuerza cruel é inteligente que dirige la eterna evolución de la materia: una fuerza serena, inexorable, sin odio y sin amor, que realiza su obra transformadora y progresiva, sin importarle el tiempo transcurrido, la energía consumida, el sufrimiento ocasionado, las víctimas caídas, los hombres y animales arrollados; y sin tener en cuenta ni la suma de vida que gasta, ni los tesoros de inteligencia que desperdicia, ni el torrente de amor que derrocha!

VI

UNA CONSULTA

VI

UNA CONSULTA

Por aquel tiempo estaba muy de moda el doctor Paulowich, un afamado médico extranjero, notable ginecólogo y hábil y renombrado cirujano.

Ya no sólo en París, en toda Francia se hablaba de las notables operaciones practicadas por él.

Tras mucho vacilar, María fué á verle y después de exigirle y obtener la promesa de que le diría no más que la verdad pura y desnuda, le explicó con entera franqueza lo que sentía, lo que deseaba y lo que esperaba de la ciencia.

—Soy, le dijo, viuda, libre, y relativamente rica; tengo cuarenta años y creo que si quisiera encontraría con quien casarme; pero el hombre á

quien amo está completamente pervertido, y por lo tanto es imposible enlazarme con él.

Hace ya tiempo que tras hondos pesares y amargas decepciones, consagré mi existencia á un alto y noble fin: me propuse fundar en mi patria una Escuela-modelo para educar en ella á los niños que huérfanos ó abandonados, vagaban por las calles careciendo de hogar, de pan y de instrucción.

Aunque parezca extraño, tuve que sostener horribles luchas, contra las ambiciones, intereses y pasiones de los hombres de la política y del clero.

Luché por varios años, durante ellos, las peripecias é incidentes del combate absorbieron mi vida por completo y llegué hasta olvidarme de mí misma y de que era mujer.

Mas hoy que mi obra está casi concluída, hoy que he resuelto delegar la misión que me había impuesto, dejándola en manos de un hijo de mi hermano, un noble joven á quien yo eduqué, hoy que he dejado de vivir para el bien de los demás, hoy que he vuelto á ocuparme de mí misma, he sentido algo malo en mi alma y algo triste y vacío en mi corazón.

Como cuando era joven he vuelto á comprenderme, á sentirme mujer; como cuando era joven suelo desear ardientemente ser esposa y con frecuencia sueño que soy madre.

Veo los niños, los hijos de las otras mujeres, y sufro y siento que quisiera fueran míos.

La vista de un ropón ó de una cuna es ya bastante para hacerme llorar.

Jamás estoy contenta, jamás estoy tranquila, nada me satisface, nada me distrae. Yo comprendo muy bien lo que me pasa, sé que llevo en mí misma, en mi organismo, la entraña ó las entrañas en que residen los instintos femeninos, en que reside el amor maternal.

Sé que siendo mujer es imposible sustraerme á las leyes que rigen y conservan la vida de la especie, al instinto sexual.

Pero sé que sería imposible, sin suprimir un órgano cualquiera, suprimir su función.

He buscado, he estudiado los medios de dejar de sentir y tan sólo he encontrado un remedio seguro: dejar de ser mujer.

Sé que la cirugía tiene recursos para llegar á este fin; pero he encontrado mil contradictorias

opiniones en todos los autores, y resulta que no sé qué elegir.

Entre acabar mi vida tristemente, luchando sin cesar entre el recato, el deseo, el pudor y el deber: y arriesgarla buscando en un *estado neutro* la supresión completa de mi mal; he decidido optar por lo segundo, pues juzgo que es mil veces preferible morir emancipada á vivir sin libertad.

Sé que hay aquí en París muchas señoras que por uno ó por otro motivo, han sufrido operaciones de tal naturaleza, que después de operadas han cesado de ser mujeres y no han vuelto nunca á amar.

¿Cree usted, Doctor, que quedaría en las condiciones de ellas si yo me sometiese á la misma operación?

—¡Ah! señora, respondió Paulowich, jamás mujer alguna me había hablado como usted. Voy á decirle la verdad pura y desnuda: todo lo que sobre esto pienso de las señoras que solicitan operarse, de los cirujanos que complacientemente las operan y de los infalibles resultados de la operación.

Hace ya mucho tiempo que los médicos operan con más ó menos riesgos y peligro, según sus co-

nocimientos y su habilidad, á señoras gravemente enfermas que absolutamente necesitan para salvar su vida sufrir la operación.

Pero también es cierto, por desgracia, que muchos cirujanos las operan sin que sea necesario, y que lo hacen instigados por el afán de lucro, por cuestiones de ambición ó por mera vanidad.

Hay en París muchas señoras ricas, libres, jóvenes y hermosas que podrían ser esposas muy felices, que deberían ser buenas madres de familia y consagrarse al hogar; pero prefieren arriesgar su vida, á perder su aparente buen nombre, su hermosura que estiman *sobre todo*, y su inmune y completa libertad.

Para esas señoras, la maternidad es una carga muy pesada, que las priva de lucir, de brillar en sociedad, y prefieren vivir sin el afecto de los hijos, envejecerse y aun morir estériles, á dejar de gozar.

Encuentran cirujanos bastante complacientes ó bastante corrompidos que se prestan á todo por subir, y consiguen, ignorando en gran parte los numerosos peligros á que se exponen, hacerse operar.

Como temo que usted busque otro médico, y como después de haberla oído me intereso por usted, quiero hacerle presente que aunque por regla general son los médicos hombres honorables en quienes puede usted confiar, hay numerosas excepciones y hay entre ellos, hombres enteramente desprovistos de conciencia, de los que se debe precaver.

En nuestra profesión, que es juzgada un sacerdocio, existe como en todos los otros sacerdocios, mucho de conveniencia, de comedia, de hipocresía y de falsedad.

He visto á cirujanos distinguidos operar, á pesar de su conciencia, por complacer á un alto compañero, por cobrar muy crecidos honorarios, por adquirir reputación y fama y aun por el simple vicio de operar.

Aunque para una operación, que siempre es grave, se requiere el concurso de varios cirujanos, existe por desgracia entre algunos de los grupos profesionales cierta tácita complicidad, cierta condescendencia que yo encuentro criminal: basta que un cirujano que ha llegado á conquistar una alta posición sostenga que en un caso cualquiera se ne-

cesita operar, para que sus compañeros se sometan y decidan practicar la operación.

Basta que una persona sea rica ó sea notable para que corra el riesgo de sufrir una mutilación innecesaria: he conocido hombres de Estado y mujeres de teatro, millonarios, actrices y escritores, á quienes cirujanos ambiciosos han sometido á operaciones graves con el único fin de meter ruido y conquistar aplausos ó celebridad.

He visto á médicos de fama asociarse á los grandes charlatanes, dejar á éstos la tarea de atraer la clientela con pomposos anuncios y reclamos, permitirles que engañen á los clientes, que á fuerza de mentiras les induzcan á dejarse operar; permitir que les cobren los honorarios más injustos; y ser *ellos*, *los* cirujanos *titulados* los que operan detrás de bastidores, y comparten después las ganancias con el desvergonzado charlatán.

Conozco profesores *titulados* que se anuncian en grandes cartelones, cual si sus consultorios fuesen panaderías, salones de almoneda ó circos de arrabal; y en los países católicos he visto á médicos notables adornar desde el patio de su casa con santos y con cuadros religiosos, poner en su oficina

Santocristos, imágenes de San Francisco, un altar con el *niño* y *los pastores* y tener encendida á las horas de consulta una vela bendita de la Candelaria, ó un gran cirio Pascual.

Médicos que concurren siempre á misa de once para que todo el mundo pueda verlos, que se ungen las narices con el agua bendita llena de microbios, se confiesan, comulgan, se dan golpes de pecho y atraen de esta manera más clientela que el Señor de Esquipulas. La Santa de Cabora y Señor San Rafael.

Otros he visto que cuando muere en sus manos algún paciente adinerado *se enternecen*, lloran amargamente, se arrodillan junto á la cama del difunto, sacan del bolsillo un librito de La Valle y rezan con unción el *De Profundis* encomendando á Dios el alma de su cliente.

Las viejas de la casa se conmueven, el efecto es teatral y el éxito completo: puede ya el cristiano Doctor estar seguro de seguir ayudando á bien morir á toda la familia.

Estos y muchos otros episodios de comedia se suelen ver entre profesionales santurrones; pero el colmo del *reclamo*, la última novedad del siglo,

consiste en que los cirujanos eminentes operen sus enfermos ante un público escogido, invitado por medio de tarjetas especiales y en que el cinematógrafo reproduzca las clásicas maniobras del que opera, las sangrientas entrañas del paciente y las diversas fases de la brillante operación.

Creo que á este paso, llegará un día en que no sólo se opere en el hospital y con cinematógrafo, sino en el teatro y con orquesta...

Muchas personas hay que comprenden lo cómico y lo indigno de todas estas prácticas, pero que no se atreven á decirlo, y entre tanto los que no lo comprenden se dejan engañar (1).

---

(1) Estoy muy lejos de odiar y de insultar injustamente, como el utopista y fanático Tolstoi, á la útil clase médica, clase á la que yo mismo pertenezco; pero veo que los abusos de unos cuantos, que son malos, perjudican la causa de los buenos.

Lo que yo he dicho, muchos hay que lo saben, lo miran, lo comprenden y sin embargo callan y aparentan dejarse engañar.

El vulgo (en medicina todo el que no es un *médico instruído* es vulgo) no se guía más que por apariencias: le basta ver á un hombre serio y estirado, que gasta un tren soberbio y tiene una oficina muy lujosa y adornada con santos, para creer que es un médico muy sabio y un hombre de conciencia: se conforma con títulos y relumbrones y olvida fácilmente que al lado de legítimas reputaciones adquiridas á fuerza de talento, de ciencia y de trabajo, hay muchas elevadas posiciones con-

Como es casi imposible que un médico ilustrado, un hombre instruído, pueda tener las mismas creencias y el mismo fanatismo que una beata vulgar, creo poder afirmar que la mayor parte de los que hacen ostentación de exageradas creencias religiosas, ó son muy ignorantes ó son de mala fe.

Antes de dar un paso decisivo, recuerde usted, señora, todo esto que le he dicho tratando de los médicos, y procure tener, aún más presente, lo que voy á decirle en lo que se refiere á la misma operación.

De cada cien enfermas que se operan, mueren á consecuencia de la enfermedad lo menos treinta, y de cada cien sanas que se operan, mueren á consecuencia de la operación lo menos cinco.

De las que sobreviven, tan sólo diez por ciento

---

quistadas á fuerza de labia, de intrigas, de servilismo y de bambolla.

El vulgo, nunca ve, ni los médicos publican, sus estadísticas quirúrgico-mortuorias; se fija solamente en los éxitos, ciertos ó inventados, que algunos profesores *titulados* propalan en la misma indigna forma en que lo hacen los charlatanes, y como es natural, las víctimas aumentan y con ellas aumenta el desprestigio de una noble profesión que ejercida por caridad y amor, sería sublime; que ejercida por paga ó por salario, tiene ya mucho de humillante y que en forma dé industria, ejercida por infames comediantes, resulta fullería.

quedan enteramente buenas y van perdiendo poco á poco, en el transcurso de dos ó tres años, el instinto sexual.

En un veinte por ciento de las operadas el instinto sexual se exagera hasta adquirir los caracteres de una neurosis peligrosa.

En las demás *se queda como estaba*, pero sufren molestos y variados accidentes, serias perturbaciones del espíritu, rebeldes neuralgias, dolores vagos y un malestar nervioso que agriando su carácter las vuelve hipocondriacas: algunas hasta se han vuelto locas.

Después de esto, bien puede usted señora escoger lo que le agrade, pues aunque no seré yo el cirujano que la opere, no ha de faltar alguno que lo haga.

He sido tan extenso porque quiero hacerle comprender que no se pueden violar impunemente las leyes que presiden las más grandes funciones del humano organismo, ni se puede sustraer del sistema un órgano tan importante como *ése*, sin provocar perturbaciones muy profundas, tanto en el orden físico, cuanto en el moral é intelectual.

Triste, muy triste es decirlo, pero cierto, muy

cierto es que si el hombre nace animal y nada más, la mujer nace hembra y nada más.

Amor, educación, afectos y cariño, deseos, actos, instintos, voliciones y sueños: todo en la vida de la mujer está subalternado á la actividad funcional del órgano que la diferencia y la caracteriza.

La naturaleza, para llegar á la conservación de la especie, único fin que se ha propuesto al especializar las funciones y diferenciar los sexos, ha dotado á la mujer de una víscera cuya misión es perpetuar la vida, reproduciendo el individuo.

En la mujer todo lo que no es maternidad, es accesorio: el sistema nervioso, el muscular, el digestivo; las elevadas funciones de su cerebro, los inexplicables arranques de su instinto, los rasgos más sublimes de su sobrehumana abnegación, la estructura de sus glándulas, la suavidad de su piel y la belleza de sus formas: todo esto constituye no más que el armonioso conjunto de adecuados medios para llegar á un solo y alto fin: á la maternidad.

El amor maternal indispensable para la conservación de la especie, tiene que ser muy superior

á todos los afectos, á todas las pasiones, á todos los hábitos y á todos los instintos; sobreponerse á todos los obstáculos y regir como absoluto soberano todos los actos de la vida femenina.

Yo, señora, profeso en parte las doctrinas de Fourier; creo á la mujer tan libre para amar, como creo al hombre.

Amar no es un pecado, amar es un deber.

Olvide usted al hombre que ha llegado á ser indigno de llamarse su esposo; pero no sacrifique su existencia.

Hay hombres que son dignos, que son buenos, y al lado de uno de ellos podrá vivir feliz.

Si quiere usted ser libre, no se case; pero no se esterilice.

Para amar no es preciso ser esclava.

Casada ó sin casar su misión de mujer es tener hijos.

Para usted misma, vale la dicha más que el sacrificio.

Para su patria, mucho más que mujer, valdría ser madre.

Para el mundo le basta con ser rica.

Para la humanidad, para la especie, vale más el

amor libre y fecundo que la virtuosa castidad estéril.

Ame usted, haga el bien, *la vida es breve*, procure ser feliz, sea madre, y si no puede, al menos *sea mujer*. . . . . .

Cuando María salió del consultorio se sintió reanimada, tenía mucha razón el cirujano, ella era una cobarde, cuando menos, *debía de ser mujer*.

Hay, pensó, entre este sabio y D. Alfonso, una lógica y explicable semejanza de lenguaje y de ideas, pero media entre ambos una inmensa distancia:

Éste es un hombre honrado, de ciencia y de talento.

Aquél era un altruísta de genio y corazón.

VII

EL MOTÍN

VII

EL MOTÍN

Dos meses después de su llegada á París, María había recibido una carta en la que se le recomendaba muy especialmente al señor profesor D. Manuel de Minjárez, quien deseaba obtener una plaza de catedrático en la Escuela industrial.

Minjárez presentó á la señora honrosos documentos que acreditaban su aptitud y hablaban muy alto en favor de su honorabilidad.

María le prometió escribir al señor Lara, Director de la escuela, recomendándole que en cuanto hubiese una vacante procurara nombrar á su recomendado.

Minjárez era un hombre como de cuarenta años, de distinguido porte, de agradable presencia y esmerada educación; su fácil palabra y su completo aspecto de hombre honrado hacían que á primera vista simpatizase á cuantos le trataban.

Debido á su carácter insinuante, logró á fuerza de atenciones y finezas conquistarse en poco tiempo la confianza de María y el aprecio de Salvador á quien muchas veces ayudaba en sus trabajos de escritorio.

Desde la fecha en que Minjárez empezó á visitar la casa de la viuda, pudo notarse bien que el aspirante á catedrático de la Escuela industrial, era hombre inteligente, que sabía hacerse útil, y que no perdía oportunidad para hacerse agradable, ofreciendo y prestando con exquisito tacto cuantos pequeños servicios estaban á su alcance.

La señora creyó que Minjárez tan solo trataba de conquistar su aprecio con el fin de obtener que le empleasen en la Escuela, y agradecida por sus constantes atenciones le ofreció sufragar los gastos de su viaje á Méjico en cuanto el Director le avisara que había empleo para él.

Habiéndose extraviado algunas cartas impor-

tantes dirigidas de Méjico á María, Minjárez se encargó oficiosamente de hacer una reclamación en la oficina de correos y después de esto la viuda recibía su correspondencia con entera regularidad; pero creyó notar que sus cartas parecía como si hubiesen sido abiertas para leerlas y vueltas á cerrar muy hábilmente.

Aunque nada había de secreto en su correspondencia, María creyó prudente avisar á Salvador lo que pasaba.

Ni ella ni Salvador desconfiaban de Minjárez y se limitaron á vigilar la conducta del criado encargado de recibir el correo.

Cierto día, al regresar María del Bosque de Boulogne, sorprendió á Minjárez en la puerta de su casa hablando con el cartero de la avenida Klebber.

Una vaga sospecha cruzó por su imaginación, pero pensando en que ningún interés podía tener Minjárez en leer sus cartas, que todas trataban de negocios y creyéndole además un hombre honrado, no dió gran importancia al incidente.

Así las cosas, Minjárez continuaba visitando con más y más frecuencia la casa de María.

A partir de la fecha en que había consultado á

Paulowich, el carácter de María se había modificado de un modo notable.

Estaba menos triste, salía más á menudo, se vestía con más esmero y solía concurrir al teatro y al Bosque de Boulogne.

Verdad que no lograba borrar de su memoria el recuerdo de Rosa, pero ella misma comprendía que con el tiempo llegaría á olvidarle, se sentía mucho más tranquila y resignada.

Pensaba en que si alguna vez volvía á encontrar á Rosa, le ayudaría á salir del abismo en que se hallaba.

Confiaba en que ayudada por Salvador le sería muy fácil protegerle y bien pudiera ser que hasta regenerarle.

La miseria suele obligar al hombre á dar muy malos pasos. ¡Cuántos hombres que en la opulencia son honrados, llegarían á ser temibles criminales si quedaran arruinados!

Rosa era instruído, había sido virtuoso, tenía nobles sentimientos y era casi seguro que cambiando de posición, de circunstancias y encontrando quien le ayudase á levantarse, volvería á ser bueno y honrado.

De ningún modo se casaría con él; pero al menos tendría el gusto de salvarle.

Un día en que Salvador había ido á Londres con el objeto de estudiar algunas máquinas modernas muy recientemente instaladas en los grandes talleres de carrocería de la poderosa firma Wilsson Cook y Compañía, María, que á la sazón estaba hablando con Minjárez, recibió una carta sin firma y de pronto pensó: ¿Será de Rosa?, pero á medida que la fué leyendo empezó á temblar de tal modo y se puso tan pálida, que Minjárez alarmado le preguntó con solicitud si se sentía indispuesta.

He aquí el contenido de la carta:

«Señora:

»Desde hace mucho tiempo que enemigos que usted creyó vencer y había olvidado, venían hábil y ocultamente preparando una obra negra que al fin han realizado.

»Instigando á los fanáticos padres de familia, ofreciéndoles dinero y prometiéndoles educar, también gratuitamente, á sus hijos en una nueva

escuela que se llama «Escuela de Nuestra Señora de la Luz», han conseguido preparar un golpe decisivo que á esta fecha estará dado y habrá determinado la clausura definitiva de la Escuela industrial.

»Además el señor licenciado Juan Enríquez, á quien usted muy bien conoce, ha presentado ante el Juez de lo criminal varias acusaciones, todas graves, contra usted.

»La acusa nada menos que de falsificación de testamento y de constancias que obran en la causa resultan muy fundadas y vehementes sospechas de que el doctor Estévanez, que falleció al lado de usted violentamente y en extraordinarias circunstancias, *ha muerto envenenado.*

»Y, por último, la honorable familia de Aurora, ha sido minuciosamente informada acerca del origen y nacimiento de su prometido, cuya madre se encuentra hoy en la cárcel en compañía de otras prostitutas, acusada de ébria escandalosa y procesada por riña á mano armada y por lesiones.

»El Sr. Ponce ha telegrafiado ya á Salvador, manifestándole que por tan serios motivos retira su palabra y quedan rotas por completo sus relaciones con Aurora, que está muy avergonzada.

»Debe usted huir lo más pronto y lo más lejos que le sea posible para escapar, si aun es tiempo, á la acción de la justicia, que ya se ocupa en pedir su extradición. Este es el único recurso que le queda para evitar el escándalo y la ignominia de un proceso y las funestas consecuencias de su crimen.

»No pierda tiempo en inútiles defensas y siga este consejo. — *Un buen amigo.*»

Aterrada María, hizo un supremo esfuerzo para ocultar su turbación y despedir á Minjárez; pero en aquel momento entró un criado trayendo un telegrama.

El telegrama era de Lara, el Director de la Escuela, y decía lo siguiente:

«Hoy á las diez, instigados por sus familias, amotináronse alumnos, gritando: viva la religión, mueran los impíos, muera la viuda; destrozaron libros, talleres, muebles, espantoso desorden, varios heridos, policía intervino, alumnos huyeron, Escuela clausurada: enviaré detalles. — *Lara.*»

—¡Ah!, cuanta infamia, exclamó María llorando amargamente:

Nunca creí que los hombres pudieran ser tan malos...

Como si todo hubiera estado preparado de antemano para hacer más completo y más terrible el golpe, un lacayo anunció despavorido: ¡El Sr. Comisario!

María no pudo ni ponerse de pie, tal era el grado de postración en que se hallaba.

El Comisario entró y saludando cortésmente:

—Vengo, señora, dijo, en cumplimiento de un penoso deber á manifestar á usted..., ¿es usted la señora María Mares, viuda de Estévanez?

—Yo soy.

—Á manifestar á usted, prosiguió el Comisario, que habiendo las autoridades mexicanas solicitado en la debida forma su extradición, se me ha ordenado prevenirle que hasta nueva disposición del Sr. Juez, que vendrá luego, no debe usted abandonar su domicilio, que por lo demás está cuidadosamente vigilado...

—Puede usted estar tranquilo, le interrumpió María, tratando de sobreponerse á la terrible emoción que la embargaba, mas no pudo seguir: lanzó un desgarrador y agudo grito, cayó al suelo ata-

cada por violentas convulsiones y hubo necesidad de sujetarla para que no se destrozase las manos y la cara contra el suelo.

Desconcertado el Comisario, envió á buscar los médicos y él mismo se apresuró á prestar su auxilio á la señora.

Minjárez se acercó al funcionario y le dijo en voz baja:

—Esta señora padece con frecuencia esos ataques, es epiléptica, y me han asegurado que la infeliz, después de los accesos, queda por muchas horas como loca furiosa y tarda varios días para recobrar la razón por completo.

Mentía villanamente el miserable, pero el Comisario, que no tenía motivo alguno para dudar de él, consultó por teléfono á sus superiores y por fin acordó que María fuese conducida al hospital de La Salpétriere y quedase allí en observación á disposición de la autoridad competente.

La orden del Comisario fué en el acto ejecutada y María, que á duras penas podía ser sujetada por los criados, debido á la violencia de las convulsiones, fué colocada en un coche-ambulancia de la policía y conducida al hospital.

Minjárez tuvo necesidad de dar su nombre y dirección para que el Juez le pudiera llamar á declarar lo que supiera, en caso de juzgarlo necesario.

De la Avenida Klebber, Minjárez fué al telégrafo y avisó á Salvador, que estaba en Londres, lo que acababa de pasar.

Fué después en un coche hasta La Salpétriere, pero á pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió permiso para entrar al hospital ni pudo conseguir informe alguno acerca de la enferma.

Contrariado, se dirigió á su casa.

Vivía en la calle de Clichy en un segundo piso donde tenía un cuarto amueblado.

Tan preocupado entró, que no se dió cuenta de que un hombre que le había seguido desde la Avenida Klebber, y venía en el pescante del coche, había entrado tras él.

Subió á su habitación, abrió un armario, del que sacó una caja de hierro: de la caja sacó un gran paquete de cartas y papeles.

Luego se puso á escribir en cifra dos largos telegramas: uno iba dirigido al Secretario del Arzobispo y el otro al Sr. Lic. Juan Enríquez.

Se disponía á llevar los mensajes al telégrafo, cuando vió frente á sí al mismo hombre que le había seguido desde la Avenida Klebber.

Tras aquel hombre estaban otros dos.

Minjárez comprendió que los tres eran agentes de la policía, y desde luego trató de ocultar los dos mensajes en el cajón de su escritorio; pero los agentes no le dieron tiempo para ello.

Se apoderaron de los dos mensajes y también del paquete de cartas, registraron cuidadosamente la habitación y dieron á Minjárez la orden terminante de acompañarles.

Por la desesperación que acometió á Minjárez, al ver que se llevaban sus papeles, se comprendía que eran sin duda documentos de importancia y que encerraban algún secreto horrible.

En vano protestó, suplicó, lloró y trató de cohechar á los agentes, llegando hasta ofrecerles 10.000 francos á cada uno tan sólo por que le permitiesen ocultar el paquete de cartas.

Los agentes permanecieron inflexibles, y cuando vió Minjárez que era imposible seducirlos, metió mano al bolsillo y trató de sacar un revólver, pero los agentes eran hombres precavidos y antes

de que él pudiera realizar su intento se encontró desarmado.

Fué tal entonces el terror que sintió, que los agentes creyeron que iba á desmayarse, y como sus dientes castañeteaban y sus temblorosas piernas se negaban á sostenerle, se vieron precisados á meterle en un coche para en él conducirle á la Comisaría.

VIII

LA SALPÊTRIERE

VIII

LA SALPÉTRIERE

El conjunto de edificios que constituye en la actualidad el hospital de La Salpétriere, destinado al tratamiento de las enfermedades del sistema nervioso, forma casi un barrio de forma triangular circunscrito por el camino de hierro d'Orleans, el Boulevard de la Gare y el Boulevard del Hospital.

Al detenerse ante el pórtico de La Salpétriere, lo primero que llama la atención es la preciosa estatua que al eminente sabio, al gran Charcot han erigido sus discípulos y sus amigos, según se puede leer en la inscripción del pedestal.

La contemplación de una estatua erigida á un

laborioso obrero de la ciencia y del progreso, á un bienhechor de la Humanidad, consuela al que contempla, y compensa el profundo disgusto que produce la vista de esa multitud de estatuas erigidas en todo el mundo á los obreros del despotismo y de la muerte, á los tiranos; y erigidas á ellos, no por sus discípulos, ni por sus amigos, sino por sus propias víctimas, por los desgraciados pueblos.

Hermosos parques, separan los diversos pabellones, en uno de los que está actualmente la Clínica Charcot.

En la modesta y casi pobre sala destinada á la Clínica, se admira el bello, el incomparable cuadro de Roberto Fleury, cuadro que representa al inmortal Pinel, al sabio altruísta, al apóstol que á fuerza de trabajo, de caridad y de talento logró arrancar á los infelices locos de las tenaces garras de la ignorancia y la crueldad humanas.

En aquel cuadro, inundada por la luz indeficiente de la ciencia y ennoblecida por la grata expresión de su dulce mirada llena de compasión y amor para todos los que sufren, se destaca la imagen de Pinel entre un grupo de formas y actitudes que estremecen, entre absortas miradas de hombres lo-

cos que sin odiar blasfeman y ante una exhibición de conmovedoras y palpitantes desnudeces de mujeres, también locas, que sin amar deliran y riéndose sollozan.

La Clínica Charcot, es no más que un fragmento, un jirón de ese libro misterioso en que la ciencia va trazando la historia del delirio: el cuadro de Fleury forma parte del libro, es un jirón de la portada.

La redentora obra del alienista Pinel, era digna del neurólogo Charcot: el cuadro de Fleury es digno de Pinel.

En la obra de Pinel estaba el genio; en la Clínica Charcot están la ciencia, el estudio y el talento; en el cuadro Fleury, la inspiración, el arte y la pintura; en las salas del hospital están la histérica y el loco, el hombre y la mujer, la negra y espantosa realidad.

En La Salpétriere hay tres departamentos destinados al tratamiento de la locura, sólo tres salas son para hombres; las demás están destinadas á mujeres y se tratan allí exclusivamente enfermedades del sistema nervioso.

En el gran hospital se pueden encontrar todas

las variedades de neuropatías, todos los desequilibrios, todas las psicopatías, todas las degeneraciones, todas las anomalías, todas las aberraciones y todas las monstruosidades del espíritu.

Desde la neurastenia de la sensibilidad moral que constituye el primer indicio de desequilibrio en los degenerados superiores hereditarios, hasta el idiotismo completo, último grado de la degeneración intelectual, que convierte al hombre creado á imagen y semejanza de su Dios, en un bruto muy inferior á los demás animales sus congéneres que le preceden en la escala zoológica y en la jerarquía del desarrollo cerebral.

Entre los cuatro mil asilados de La Salpétriere se pueden ver los más notables ejemplares de esa espantosa serie de neuropatías que la Naturaleza, según unos, la Providencia, según otros, ha creado con verdadero lujo de crueldad é incomprensible variedad de formas y torturas.

Allí están los obsesos que víctimas de la *agorafobia*, viven constantemente atormentados por el horror á los espacios.

Los que atacados por la locura de duda viven en un continuo sufrimiento, dudando de cuanto

hay, de cuanto ven, cuanto sienten, cuanto piensan, cuanto tocan, dudando hasta de sí mismos, y de su propia existencia.

Los que padecen *onomatomanía*, sin encontrar jamás las palabras ni las frases con que deben expresar sus pensamientos.

Los que afectados de *coprolalia*, viven condenados á repetir constantemente las frases más inmundas y los poseídos por la desesperante manía blasfematoria.

Los impulsivos homicidas, luchando sin cesar contra sus criminales obsesiones, contra su instintiva sed de sangre y de exterminio, atormentados por voces misteriosas que de noche y de día les ordenan matar, asesinar, descuartizar hasta á sus propios hijos y á su madre.

Los poseídos por la manía suicida, llevando en su alma misma el incesante afán de estrangularse, de destrozarse el cráneo, de estrellarse, y sintiendo un horror invencible hacia la vida.

Los *dipsómanos*, siempre sedientos y abrasados por un fuego interior que los impele á beber hasta inmundicias, ávidos de bebidas embriagantes, alcohol, éter, licores corrosivos y aun venenos.

Los poseídos por la manía del robo, los *kleptomanos*, empujados por obsesiones invencibles á robar cuanto encuentran.

Los poseídos por la manía del juego, víctimas de una impulsión constante, irresistible á jugar cuanto tienen, desde la herencia de sus padres y el producto de su trabajo, hasta los muebles de su casa, la ropa de su esposa y el alimento de sus hijos.

Los impulsados por la manía de las compras, obligados por el deseo irresistible de comprar cuanto ven, á vivir siempre llenos de compromisos y de deudas; exponiéndose á las reclamaciones judiciales y sufriendo constantemente mil humillaciones de sus acreedores, pero comprando siempre á pesar de que comprenden que marchan á la ruina.

Los *piromanos*, incendiarios que, asaltados por paroxismos de desesperación, prenden fuego á todo lo que pueden y llegan á quemar hasta su misma casa y hasta la cuna en que duermen sus hijos.

Los lunáticos, los excéntricos y los volubles.

Los sórdidos, cuya existencia es un suplicio y

viven en la miseria y la inmundicia. Los aventureros empujados á vagar constantemente sin encontrar felicidad ni calma en ningún punto, dilapidando su fortuna en viajes y muriendo casi siempre en la completa indigencia.

Los *megalómanos*, orgullosos y disipadores, soñando siempre que son hombres de muchísimo talento, que son muy poderosos, ó muy ricos, que valen más que todos, que son la admiración del mundo entero; y que impulsados por su loca vanidad y ciego orgullo, lo sacrifican todo, hasta la honra, por vivir ostentando un gran lujo, figurar en los círculos más altos, acometer las más grandes empresas; y que concluyen siempre por arruinarse y arrastrar á la ruina y con frecuencia al deshonor, á sus socios, amigos y parientes.

Los inventores, los soñadores y los utopistas que pasan la existencia atormentados por el afán de descubrir ó de inventar buques maravillosos, globos dirigibles, aparatos de movimiento continuo; los que se sacrifican por reformar la sociedad creando nuevos sistemas, nuevas religiones y luchan con ardor por la quimérica realización de los más insensatos y extravagantes ideales.

Los peligrosísimos *perseguidos* y *perseguidores*, que poseídos por el delirio de persecución viven en un continuo sobresalto, encontrando asechanzas y enemigos por doquiera que van; creyéndose las víctimas de mil maquinaciones espantosas, fraguadas por la envidia y el rencor de sus imaginarios y poderosos adversarios; locos que acaban por cometer horribles atentados, por herir á traición y perpetrar asesinatos.

Los *celosos*, los *místicos* y los *fanáticos*.

Los locos criminales, completamente desprovistos de sentido moral, llenos de ira, de odio, sanguinarios, feroces, despiadados, rencorosos y crueles, que en sus accesos de furor arrasan cuanto encuentran y asesinan, destrozan, descuartizan á víctimas inermes para saciar su sed de sangre y calmar sus instintos de exterminio.

Los *erotómanos* que, consumidos por el fuego de una pasión que los absorbe por completo y consagrados á las eternas lucubraciones del amor platónico, se vuelven melancólicos y, ó van al manicomio, ó se suicidan.

Los *sexuales*, degenerados peligrosos, impulsivos, abrasados de lascivia, y llevando en su orga-

nismo las más abominables perversiones del instinto, los más sucios impulsos de la earne, los más inmundos vicios, los gustos más extraños y más crueles, los más desenfrenados arrebatos y las más criminales pasiones.

Las *ninfomanas*, ignominia de su sexo.

Las histéricas, esas degeneradas, casi incomprensibles, cuya neurosis abarca cuanto existe de enfermo y pervertído en el impenetrable abismo de los instintos femeninos.

Inteligentes hoy, estúpidas mañana, un día locas, falaces, embusteras, hipócritas, calumniadoras y sensuales; y otro día cariñosas, dulces, castas, compasivas, sinceras y virtuosas.

Ora volubles, pérfidas é infieles; ora tenaces, firmes, caprichosas y abnegadas. Hoy la volubilidad de su carácter y el insaciable afán de llamar la atención y de hacerse notables las impele á cambiar de opinión á cada instante, á sostener ideas contradictorias, á embrollarse en situaciones escabrosas y alardear de cinismo y de impureza; y mañana, bajo la influencia de una verdadera catalepsia de la inteligencia, se apoderan de una idea grande y luminosa, de un sentimiento

noble y levantado y lo sostienen con firmeza inquebrantable.

La histérica es capaz de hacer el bien y lo hace con frecuencia; pero en cambio es capaz de causar muy graves males.

Grandes coquetas, y actrices consumadas, logran por regla general cautivar á la víctima que eligen.

Poseen ese atractivo poderoso que se llama *lo imprevisto*, disimulan con arte sus múltiples achaques, neuralgias, paroxismos y defectos, y saben desplegar tanta dulzura, tal gracia y tal encanto, que seducen al hombre y lo fascinan.

Pero apenas casadas, se quejan de que no son comprendidas.

Cuanto antes habían hecho para volverse gratas, es poco ante lo que urden para hacerse odiosas.

Calumnian al marido, se fingen muy enfermas, se muestran fatigadas, displicentes, aburridas, simulando rencores que no guardan y afectos que no sienten.

Desprovistas, aunque es triste decirlo, del instinto maternal, hacen ostentación del odio y aver-

sión que tienen á sus hijos y son crueles con ellos.

Arrastradas por una vanidad insuperable y un afán de lucir irresistible, procuran atraerse la atención de los hombres galantes y fingen muchas veces amores criminales que no tienen é intrigas amorosas que no existen.

Logran con esto, comprometer su nombre y la honra y el nombre del marido.

Son, en una palabra, malas hijas, malas esposas, malas madres y algunas de ellas no merecen siquiera ser mujeres.

Por desgracia, las histéricas no están todas, como debieran, en el manicomio.

En La Salpétriere la mayor parte de las enfermas que se curan son las *histero-epilépticas*, cuya neuropatía, traspasando los límites de lo hasta hoy conocido por la ciencia, invade las esferas de lo desconocido y lo maravilloso.

Son estas neurópatas las que bajo la influencia de la sugestión ejecutan actos asombrosos y presentan los extraordinarios fenómenos del sonambulismo.

Ellas son las que en el estado de letargia duermen durante años, y en el estado de catalepsia

toman y conservan las actitudes más inverosímiles.

Las que ven á través de los cuerpos opacos y adivinan el pensamiento del que las hipnotiza; las que hipnotizadas pueden soportar mutilaciones dolorosas con la sonrisa en los labios; las que inspiradas por el patriotismo se convierten en heroínas como Juana de Arco, é inflamadas por el amor á Dios se vuelven santas como Teresa de Jesús.

Las que durante sus misteriosos éxtasis han, como Luisa Lateau, reproducido con bellos caracteres y sublimes expresiones y detalles las conmovedoras fases de la agonía del Crucificado, llegando á sudar sangre por los pies, por las manos, la frente y el costado.

Imagináos á Luisa Lateau, la hermosa extática de Bois d'Haine, transfigurada, iluminada por una belleza ideal, con la frente coronada por una diadema de sangre y cayendo en éxtasis á las dos de la tarde, permaneciendo inmóvil hasta las tres; colocando los brazos en cruz y poniendo un pie sobre el otro en la actitud en que fueron clavados los de Cristo, presentar todos los signos de la agonía del Redentor: reclinar la cabeza sobre el

pecho, mientras sus ojos se hunden, su nariz se afila, una palidez mortal cubre su rostro y un sudor helado inunda el cuerpo; las extremidades se enfrían, el pulso se hace imperceptible, se escucha el estertor de la agonía y la virgen neurópata queda durante diez minutos como muerta: imagináos un cuadro como éste y tendréis idea de lo que es una histero-epiléptica.

Sonambulismo, letargia, catalepsia, éxtasis, estigmas, adivinación del pensamiento, inexplicables anestesias de la carne y sublimes exaltaciones del espíritu, arrebatadores fanatismos, pasiones ultrahumanas, heroísmos ideales y transfiguraciones divinas; he ahí los maravillosos caracteres de esa extraña neurosis, de esa degeneración hereditaria incubada durante siglos en las celdillas del cerebro femenino y transmitida á través de las generaciones por la monstruosa fuerza del atavismo, ese *misterio* ante cuya asombrosa magnitud se ha detenido muda de admiración la prodigiosa inteligencia humana.

Es La Salpétriere un tétrico Museo en que la naturaleza exhibe sin pudor y sin piedad los errores de la embriogenia y los horrores de la herencia:

miopatías que deforman, calambres que retuercen, contracturas que rompen los músculos, crispaturas que erizan los nervios, convulsiones que saltan los ojos, rigideces que atacan el cuerpo y desmayos que duermen el alma; todos los cataclismos del espíritu, todas las ignominias de la carne y todas las afrentas de la especie.

Enanos con cabeza de gigante y gigantes con cráneo de niño; raquíticos con formas de bactracio y deformes con fauces de anfibio; idiotas tan obesos como cerdos; mujeres descarnadas como momias y niños con aspecto de reptiles.

Extáticas sublimes que viven sin comer y sudan sangre, místicas que son vasos de pureza y ninfómanas que ahullan de lascivia; locos que de dolor se mueren mudos y locas que agonizan en una carcajada.

Caras sin expresión, inmóviles como ídolos de piedra, y rostros de payaso con gestos de demonio; ojos llenos de llanto que no corre y labios con sonrisas que estremecen; melancólicos cantos que conmueven y espantosas blasfemias que horrorizan; actitudes de odio que dan risa y miradas de amor que pavorizan.

En el gran manicomio están reunidos todos los desperdicios del génesis humano y todos los harapos del *inmortal soplo divino.*

Sobre la arena misma del combate selectivo, sobre el terreno mismo de la lucha por la vida, yacen allí los restos miserables de los que sucumbieron en la brega.

Desde la informe masa de carne degradada y espíritu abortado, que palpita en aquel antro negro del olvido; desde la eterna noche de delirio que pesa sobre el campo de batalla; desde lo más profundo de aquel abismo de locura en que vagan los manes mutilados de tantas almas muertas, se alza un sordo clamor de angustia, indignación, blasfemia y queja; un lúgubre alarido, un grito de protesta contra la cruel indiferencia humana y la eterna, la perenne, la feliz inclemencia divina. . . .

. . . . . .

En aquel hospital, en el departamento de epilépticas, entre una mujer horriblemente enflaquecida, que arrodillada sobre su lecho elevaba las manos al cielo en actitud de orar, y una joven imbécil que se reía incesantemente, colocaron á la bella, á la mártir, á la noble María.

Salvador recibió en Londres el telegrama del Sr. Ponce, que decía así:

«Vuestra madre procesada y sentenciada á un año de prisión, Aurora avergonzada, lo sabemos todo, compromiso deshecho, retiro palabra que empeñé engañado.»

Salvador se quedó confundido.

Jamás María le había hablado de su madre, ni él se hubiera atrevido á preguntarle.

Se creía un expósito abandonado por sus padres en la Inclusa, se creía huérfano y vivía resignado sin reconocer otra madre que María á la que amaba como hijo; pero al ver el mensaje de Ponce, comprendió que su nacimiento estaba envuelto en un negro misterio.

Su madre había sido sentenciada: sin duda alguna, era una mujer mala y criminal.

Aurora estaba avergonzada: esto quería decir que el proceso había sido motivado por algún hecho ignominioso.

¡Lo sabían todo!...

El golpe fué tan rudo para el infortunado joven, que pasó todo el día desesperado sin resolverse á salir de su habitación y sin saber qué hacer.

Por la noche recibió el telegrama de Minjárez...

¿María, su protectora, también presa?

Creyó volverse loco, pasó una noche horrible; se embarcó al día siguiente para Francia y llegó á París á las ocho de la noche.

De la estación se dirigió á la casa de la Avenida Klebber, pero como los criados no pudieron explicarle lo que había sucedido, ni tenían noticias de su ama, Salvador se fué á ver al Comisario.

El Comisario le informó de lo siguiente:

Conducida al hospital en un estado que jamás se juzgó grave, la señora había sido colocada en el departamento de epilépticas.

La señora había sufrido durante todo el día y parte de la noche, repetidos ataques epileptiformes, y por fin, hacia las dos de la mañana, pareció recobrar el conocimiento y habló algunas palabras con las enfermeras; pero una hora después le sobrevino un nuevo ataque, y había muerto.

El médico de guardia había dado parte del suceso al Comisario, éste dió parte al Juez, y el Juez, en vista de que nadie se presentaba á reclamar el cadáver, había dado orden de que fuese sepultado.

Llorando como un niño, salió Salvador de la Comisaría y se hizo conducir al hospital.

Quería ver por la última vez el rostro de su noble protectora, y de rodillas besar su helada mano, aquella mano que le había arrancado de un antro de miseria y tal vez hasta del crimen, para hacer de él un buen obrero, un hombre honrado y casi un hijo.

IX

RESURREXIT

IX

RESURREXIT

Cuando Salvador llegó á La Salpétriere eran las once de la noche, el hospital estaba ya cerrado, con dificultad y á fuerza de dinero logró que el conserje despertara al interno de guardia, quien le informó que María había sido enterrada en Montparnase aquella misma tarde.

Como loco salió del hospital sin saber lo que hacia, ni adonde iba.

En el Boulevard de la Gare preguntó á un policía la dirección de Montparnase y siguiendo las instrucciones que le dió, marchó á lo largo del Boulevard de Italia, pasó también el de Saint Jacques y en Froidevaux encontró un obrero ébrio

que venía cantando por en medio de la calle.

—Camarada, le dijo, ¿podrías acompañarme al cementerio de Montparnase ó enseñarme el camino? Te daría una buena recompensa.

—Creo que vas peor que yo, contestó el ébrio, ir á esta hora á visitar los muertos, es chistoso; pero en fin, si te empeñas salta esa pared que está allí enfrente y sólo así podrás entrar, porque no creo te abran la puerta á media noche... en cuanto á acompañarte... ¡Caracoles!, sería de muy mal gusto.

El ébrio se alejó, siempre cantando, y Salvador se quedó contemplando la pared, que para un gimnasta como él no era muy alta.

Sin vacilar se lanzó sobre la tapia que abordó fácilmente y saltó al otro lado. ¿Qué iba hacer allí?

Anduvo largo rato entre los monumentos sepulcrales sin darse él mismo cuenta de sus pasos.

Estaba fatigado, se sintió desvanecido, se apoyó en una cruz de mármol y se sentó en la piedra de un sepulcro.

El estado de su ánimo era horrible.

La noche estaba obscura, el cielo negro, el cementerio pavoroso.

Rugía el viento azotando el follaje de los altos y esbeltos cipreses, y remedando, ya misteriosos cantos funerarios, ya largos y tristísimos gemidos.

De vez en cuando un rayo iluminaba con su azulada luz las cúpulas doradas y las blancas estatuas que adornan los mausoleos y un imponente y prolongado trueno retumbaba en las criptas y se perdía rodando entre las nubes que ennegrecían el firmamento.

La tempestad rugía sobre los vivos y Salvador lloraba por los muertos.

Lloraba por su noble protectora, por su perdido amor, por su maldito nombre y su manchada historia.

Poco á poco la tormenta del cielo iba pasando, pero la tempestad de su alma iba creciendo.

Salvador era joven y poeta, empezó por soñar:

«Era, pensó, mi vida ayer... himno... ave... nube:

Himno de adoración á la hermosura, cantando en rimas de oro y en notas de cristal; ave feliz buscando la escondida, la misteriosa fronda para formar en ella el nido de su amor:

Nube galana dorada por la aurora y naciendo á la luz...

Y en vez de blanco himno de notas de esperanza y rimas de ilusión: es hoy una salmodia con rimas de blasfemia y notas de clamor; es ave moribunda vagando desalada sin encontrar amores, sin nido que formar:

Es himno funerario... es ave, pero herida... es nube, pero negra... es nube de tormenta... jirón de tempestad...

Salvador era hombre y era desgraciado, acabó por maldecir:

—No tengo, murmuró con desaliento y sacando su revólver, no tengo ya quien me ame ni nada que esperar...

¿A qué seguir viviendo? ¿A quién haré feliz?

Aurora ya no me ama... María, mi dulce bienhechora... no la veré ya más...

¿Pero y mi pobre madre?

¡Ah! no me puedo matar.

En el lejano suelo de mi patria, existe una mujer á quien el hado inexorable arrastró á la miseria, al fango de los vicios y á la infamia.

Esa infeliz se arrastra por el cieno sin hallar una

mano que la ayude, que le muestre la altura, y si hoy es ramera... cuando me tenga á mí que soy su hijo... entonces... ¡será madre!

¡No, mentira... ninguno es responsable de lo que hayan podido hacer sus padres; no se heredan las manchas de la honra; el hombre es hijo, no más que de sus obras, en cuestiones de honor!

Si los padres de Aurora me juzgan deshonrado y si ella misma se avergüenza de mí, yo que no me avergüenzo de mi madre, yo que sabré salvarla de la infamia, yo que sabré ser hijo y redimirla... Yo estoy contento... así...

En el lejano suelo de mi patria dejó María una sublime obra sin concluir, yo que á pesar de la injusticia humana amo á la humanidad; yo á quien la sociedad juzga manchado, sin haber hecho mal; yo sabré realizar la sublime obra, yo sabré hacer el bien. ¡Ah, sacerdotes que tomáis el nombre de vuestro santo Dios para engañar al hombre y para hacer el mal!

¡Ah, falsos liberales que profanáis la causa redentora que decís defender!

¡Ah, hipócritas perjuros santurrones; que fingís religión para medrar!

¡Ah, injusta y exigente sociedad, tú que inventas afrentas y pecados, cultivas fanatismos y vives en los vicios predicando virtud; tú que sólo veneras en el oro, te humillas al que sube y escupes al que cae... Espérame, ya vuelvo... la lucha no ha concluído porque murió un campeón!»...

Cual si aquel desahogo hubiese disipado la suicida obsesión que allí le había llevado, Salvador se calmó, miró el revólver que tenía en la mano y se espantó: ¿Matarme yo? pensó, ¡si aún no he empezado á cumplir mi misión!

¿No le debo á esa mártir que yace aquí en el polvo, cuanto sé y cuanto soy?

¿No es para mí un deber sagrado continuar su santa obra?

¿No debo castigar á los infames que ultrajaron su honra y envenenaron su existencia?

Salvador era hombre de talento y comprendía muy bien la importancia y los peligros de su empresa; pero era joven, tenía valor y fe, confiaba en su carácter y educado é inspirado por María, su lema era el mismo lema de ella: *hacer el bien á pesar de los hombres siempre malos y á pesar de los dioses siempre falsos.*

Quedó profundamente pensativo, la imagen de su madre prostituída y el recuerdo de Aurora avergonzada se aferraban tenaces en su alma...

Un ruido extraño vino á sacar al abatido joven de su sombría meditación.

Hacia el sitio mismo por donde él había entrado, le pareció como si alguien escalase la tapia y á la luz de un relámpago vió á un hombre que saltaba, como él había saltado.

Los relámpagos eran tan frecuentes que á la sola luz de ellos pudo bien Salvador seguir con asombrados ojos los pasos de aquel duende, que visitaba el cementerio en noche tan horrible.

Le vió avanzar con paso firme cual si estuviese en terreno conocido.

No llevaba sombrero, su larga cabellera flotaba sacudida por el viento: llegó junto á una tumba y se detuvo.

—¿Será esa la tumba de María?, se preguntó Salvador estremecido.

Le pareció que el hombre, que sin duda sería algún ladrón de cementerios, trataba de quitar la losa de la tumba, pues oyó algo parecido al ruido de una barra al chocar contra la piedra.

Avanzó algunos pasos, oyó como si destrozasen algún objeto de madera y luego una estridente carcajada (1).

Pero entonces se realizó un singular fenómeno que Salvador no acertaba á explicarse:

---

(1) Durante los años de 1847 y 1848, la policía francesa se ocupó en perseguir tenazmente á un misterioso y extraño criminal que había desenterrado varios cadáveres de mujer en Bleré (Indre-et-Loire), en Ivry-sur-Seine y en el cementerio de Montparnase, en París mismo.

El criminal que apuñalaba los cadáveres hasta destrozarles completamente el pecho y el abdómen, debía ser un loco peligroso durante sus accesos necrofílicos, pues no retrocedía ni ante los más grandes peligros.

Varias veces habían los gendarmes hecho fuego sobre él, sin herirle; y por fin el Prefecto de Policía decidió colocar cerca del sepulcro de una hermosa dama enterrada en Montparnase una máquina infernal cargada con dinamita, y que debería estallar cuando el profanador tratase de abrir el ataúd.

El necrófilo, famoso en los anales de la locura criminal era el sargento Bertrand, que capturado al fin y procesado, fué condenado á prisión, y declaró ante los jueces lo siguiente:

«Yo sabía que la máquina infernal estaba allí esa noche para darme la muerte; pero no dejé por eso de escalar los muros. Ya otra vez me habían preparado en otro cementerio una máquina semejante y había logrado desmontarla y llevármela conmigo; pero la noche de Montparnase me contenté con darle una patada y tampoco estalló.

»Era una noche negra, el tiempo estaba horrible cuando entré al cementerio y desenterré varios cadáveres: salí de allí y me fuí al cementerio de Ivry en donde cometí los mismos actos: mi enfermedad se declaraba cada quince días y se anunciaba por violentos dolores de cabeza.»

Siniestra luz fosforescente iluminó de pronto una área de dos ó tres metros de radio en torno del sepulcro.

La figura del hombre de larga cabellera se destacó con precisión cual si estuviese cerca de algún fuego encendido en el suelo y se pudieron ver perfectamente las extrañas maniobras de aquel ladrón fantasma.

Junto á la tumba se veía una esfera luminosa parecida á una bala de cañón que hubiese sido untada con sulfuro ó con pasta fosfórica.

—Sólo algunas clases de pólvora gigante hecha con nitro-glicerina alumbran de ese modo en determinadas condiciones atmosféricas: debe ser una bomba de dinamita, pensó Salvador cada vez más asombrado.

Con los cabellos erizados avanzó cautelosamente hasta colocarse á regular distancia del sepulcro, amartilló el revólver y quedó en acecho esperando con ansiedad y dispuesto á disparar sobre aquel miserable profanador de sepulturas.

Entre tanto el ladrón había sacado el cadáver de la caja: era una muerta.

Le descubrió la cara y la besó repetidas veces

con la desesperación de un loco poseído por el pavoroso frenesí de la profación y el sacrilegio.

Después se arrodilló, llevó una mano al pecho y luego la elevó armada de una hoja reluciente, la hoja de un puñal...

Salvador hizo fuego y erró el tiro.

El criminal se revolvió cual hiena sorprendida en medio de un necrófago festín y miró ferozmente á todos lados.

Salvador disparó sobre él de nuevo y erró el segundo tiro.

—¡Que horrible, que espantosa pesadilla! Murmuró sudando helado.

El criminal, de un solo salto se lanzó fuera del radio iluminado por la bomba.

Salvador disparó é indudablemente erró su tercer tiro, pues oyó la violenta carrera de un hombre que saltando las tumbas huía en la obscuridad.

En seguida y á pesar de que sus temblorosas piernas se negaban á sostenerle, se acercó al ataúd y al mirar á la muerta, dejó caer el revólver y quedó inmóvil y mudo de terror... La *muerta* era María, que con los ojos de par en par abiertos, se incorporó apoyándose en la losa y preguntó con voz

que parecía salir del fondo del sepulcro: ¿Eres tú, Salvador?

Salvador no la oyó, había caído al suelo sin sentido.

Atraídos por el ruido de los disparos vinieron los gendarmes que desde muy temprano estaban apostados á la entrada del camposanto; recogieron los dos cuerpos, les pareció que respiraban, los llevaron á la capilla y allí se cercioraron de que los dos estaban vivos.

FIN

ÍNDICE

		Págs.
I.	Anatema sit	5
II.	Una Escuela industrial	27
III.	Apostasía	43
IV.	Salvador Mares	59
V.	Anarquista	81
VI.	Una consulta	99
VII.	El motín	115
VIII.	La Salpétriere	129
IX.	Resurrexit	149

Dr. FORTUNATO HERNANDEZ

En plena lucha. . . . . 3 ptas.

DU MÊME AUTEUR

En cours d'impression:

Déséquilibre.. . . . . 2 fr.
En pleine lutte. . . . . 2,50 »
Transfiguration. . . . . 3 »

De venta en la casa editorial de la V.da de Bouret, 23, rue Visconti, París; 14, calle del Cinco de Mayo, México; y en la librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3025290288

0 5917 3025290288